

Relatos de Bibliotecas
Cuarto Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Joaquín Carmona Rodríguez et al.

Relatos de Bibliotecas
Cuarto Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Granada
2015

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
RELATOS DE BIBLIOTECAS. CUARTO
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-5774-3.
Depósito legal: Gr./ 538-2015.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Comercial, Motril, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Primer Premio:

Joaquín Carmona Rodríguez

Accésits en orden alfabético:

Salvador Funes Garrido

Isabel Motos Fernández

Juana Olmedo Cardenete

José María Pérez-Muelas Alcázar

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto
por los siguientes miembros:**

Antonio Sánchez Trigueros,

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la UGR

María Isabel Cabrera García,

Directora de la Editorial de la UGR

Amelina Correa Ramón,

Catedrática de Literatura Española de la UGR.

Julia Olivares Barrero,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

Rocío Raya Prida,

Bibliotecaria de la UGR.

Índice

Prólogo: En el camino de una larga y viva tradicón literaria	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción.....	19
<i>M.^a José Ariza Rubio</i>	
Chao, Chato Chiquín.....	23
<i>Joaquín Carmona Rodríguez</i>	
Eres utopía	51
<i>Salvador Funes Garrido</i>	

10 Índice

Los olvidos compartidos	71
<i>Isabel Motos Fernández</i>	
Segunda parte.....	95
<i>Juana Olmedo Cardenete</i>	
Poemas con humo	107
<i>José María Pérez-Muelas Alcázar</i>	

Antonio Sánchez Trigueros

En el camino de una larga y viva tradición literaria

A estas alturas de la pequeña historia del premio de relatos, ya en su cuarta edición, convocado por la Biblioteca Universitaria de Granada, solo puede calificarse de éxito la iniciativa que en su día emprendieron María José Ariza, directora de la Biblioteca General, y Rocío Raya, directora de la Biblioteca de la Facultad de Informática; una iniciativa que fundaron con la acertada intuición de que en nuestra universidad había un gran número de alumnos

que, buenos lectores literarios, cultivaban más o menos en secreto el tipo de discurso narrativo que calificamos de cuento o relato corto.

En buena parte, si podemos considerar que toda buena novela lleva implícito un homenaje al *Quijote*, que inicia el género en su vertiente moderna, también podíamos afirmar que en la iniciativa de este premio sus creadoras homenajeaban también de una forma implícita, un género, nada menor y de larguísima historia, que ha tenido grandes cultivadores en la literatura universal y española, y más específicamente y, en cercanía, dentro de la literatura granadina, donde brillan grandes nombres como Pedro Antonio de Alarcón, con “La Comendadora” como obra maestra entre otras muchas, Francisco Ayala, cuya figura como autor de textos de este género (*Los Usurpadores*, por ejemplo) se ha potenciado desde su Granada natal, y José Fernández Castro, con su volumen titulado *El chaqué y otros relatos*, donde encontramos relatos dignos del mismísimo Kafka; todos tres presiden la que podemos considerar una verdadera tradición del cuento o relato corto coronada en nuestros días por dos escritores jóvenes, cuyos nombres son ya imprescindibles en la nómina actual: Andrés Neuman y Ángel Olgoso, el primero

con una fulgurante entrada en varias vertientes del campo literario y el segundo con un más lento reconocimiento que a estas fechas es ya absoluto por su sobresaliente maestría narrativa.

Indudablemente con estos antecedentes y referentes tan próximos y tan vivos, junto con el estímulo que representan otros grandes del cuento hispánico contemporáneo (Jorge Luis Borges, Antonio Pereira, Gabriel García Márquez, Cortázar) o universal (Franz Kafka, Raymond Carver, Ernest Hemingway), los jóvenes universitarios que poseen inquietudes literarias, con facilidad se ven incitados al ejercicio de este tipo de trabajos literarios y definitivamente animados a probar suerte en un concurso especialmente diseñado para ellos. Esa es, pues, entre otras, la razón del más que evidente éxito del premio en los tres años anteriores y en esta cuarta convocatoria, que no ha ido a la zaga en lo que se refiere a una participación cuantiosa y válida.

Una vez más no le ha sido fácil al jurado decidir el fallo definitivo ante tanto material de interés que llegó a nuestras manos. Así, después de largas y razonadas discusiones, se decidió conceder el premio al texto titulado “Chao, Chato Chiquín”, de título en principio enigmático, cuya plica encerraba el nombre de Joaquín

Carmona Rodríguez, alumno del programa de Doctorado “Teoría de la literatura y del arte y literatura comparada”. En este relato, escrito en primera persona, el protagonista, “negro literario” de memorias ajenas, consumidor de pastillas prescritas contra las alucinaciones, que confiesa haber salido recientemente de un estado de confusión, del que a tenor del relato no se ha librado, desarrolla una declaración lineal ante la policía (con preguntas implícitas de los interlocutores y breves digresiones sobre su estado anímico y tratamientos) de unos hechos que poco a poco se van desvelando al lector: su descubrimiento de un niño misterioso y sin rostro en el fondo del pozo seco de su jardín, sus conversaciones nocturnas con él, su obsesión por la situación insólita creada, su abandono del compromiso de escritura de las memorias de Chato Chiquín, niño prodigio en su momento y después juguete roto, su creciente estado de profunda ansiedad con el incremento de dosis de pastillas, alcohol, café y cigarrillos, su salto al fondo del pozo, la aparición del niño en el brocal, ahora vislumbrado con los propios rasgos del narrador, y el final con sorpresa de la verdadera identidad del niño supuestamente ensoñado, que justifica la causa del interroga-

torio policial. Es un relato muy bien escrito, equilibrado en su composición, hábilmente construido y resuelto a través de un cierto entramado laberíntico que no omite la solución de salida. En suma, un buen texto en todos los sentidos y merecedor absoluto del premio.

Y no dejan de tener también mucho interés los cuatro textos narrativos que han conseguido ser nominados como finalistas y, como tales, sobradamente dignos de aparecer en este volumen. En “Eres utopía”, de Salvador Funes Garrido, estudiante del Grado de Derecho, su protagonista, “que no recuerda su nombre”, que sufre por ello y que anda en la búsqueda de sí, dice vivir rodeado de libros, se relaciona con músicos y autores, que le sirven de terapia, se identifica con sus partituras y textos, incluso se reencarna en sus personajes, dialoga con ellos, recrea sus ambientes, hasta que la Estela de *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens, lo va a llevar de la mano en un viaje alucinante hasta la utopía con descubrimiento de nuevas situaciones, bibliotecas y escritores.

“Los olvidos compartidos”, de Isabel Motos Fernández, alumna del Máster de Filosofía, es un relato en cuatro partes, unas objetivas, otras subjetivas, minucioso en sus detalles vivenciales,

de lenguaje sentimental rico y preciso, donde dos amantes viven el amor en sus contradicciones, en la costumbre, en la rutina, en la soledad compartida, en el hastío, situación que tratan de sobrellevar rememorando uno y otra en sendos cuadernos, transcritos en cursiva, como terapia para el olvido, las dos apasionadas aventuras amorosas truncadas que dieron paso a que se conocieran *para compartir el mismo frío* en el que sobreviven.

“Segunda parte”, de Juana Olmedo Cardenete, alumna del Máster de Estudios Literarios y Teatrales, que con razón goza ya de buen nombre en el mundo literario, es una sabia e imaginativa reescritura de “La Cenicienta”, del que tan frecuentes versiones nos ofrecen la propia literatura y el cine. Aquí el relato, escrito en primera persona narrativa, se ambienta en la habitación de un hotel de nuestros días donde los dos protagonistas del cuento han querido celebrar el primer aniversario del baile que los unió; pero lo que se viene a narrar aquí es la historia del definitivo desengaño y frustración erótica de la joven ante la apatía y desinterés de su ilustre pareja. Ello la lleva a refugiarse en los libros y en sus recuerdos familiares y, aunque vuelve después a la rutina palaciega o incluso a una desagradable relación sexual,

una edición de *Madame Bovary* abierta sobre el velador anuncia un posible y distinto futuro.

“Poemas con humo”, de José María Pérez-Muelas Alcázar, alumno del Doctorado “Lenguas, textos y contextos”, empieza con una frase un tanto abrupta que anuncia el tono en que se va a desarrollar el relato cronológico, en primera persona, que da lugar a un texto claro, transparente, perfectamente ordenado y sin sorpresas que desconcierten o inquieten; se tratará de las andanzas, peripecias, trabajos, búsquedas académicas, amistades, relaciones, aventuras amorosas, de un joven de hoy que, empujado por las condiciones negativas en las que se encuentra debido a la crisis, decide marchar a París en busca de nuevos horizontes, nuevas oportunidades y nuevas experiencias. Es un texto, sin duda, más que interesante, muy actual, de buena prosa narrativa, que, no me cabe la menor duda, interesará a muchos lectores, por lo menos al gran número de los que en estos años han seguido con interés la trayectoria de este premio, que tan buenas expectativas ha ido creando.

Antonio Sánchez Trigueros
Catedrático Emérito
de la Universidad de Granada

M.^a José Ariza Rubio

Introducción

Un año más presentamos un nuevo volumen del Certamen Literario de la Biblioteca Universitaria que ya se ha consolidado como un importante hito en la vida universitaria y estudiantil de la Universidad de Granada.

En esta cuarta edición ha sido premiado el relato “Chao, Chato Chiquín” de Joaquín Carmona Rodríguez, estudiante del Programa Oficial de Doctorado en Teoría de la Literatura y del Arte y Literatura Comparada.

Asimismo el jurado ha concedido cuatro accésits a las obras: “Eres Utopía” de Salvador Funes Garrido, estudiante de Derecho; “Los olvidos compartidos” de Isabel Motos Fer-

nández, estudiante del Máster Universitario en Filosofía Contemporánea; “Segunda Parte” de Juana Olmedo Cardenete, estudiante del Máster Universitario en Estudios Literarios y Teatrales y “Poemas con humo” de José María Pérez-Muelas Alcázar, estudiante del Programa de Doctorado en Lenguas, Textos y Contextos.

Tanto los relatos premiados como, desgraciadamente los que no han conseguido pasar a esta final, demuestran una vez más la gran inquietud literaria de los estudiantes de la Universidad de Granada de los que la Institución está orgullosa. Son nuestro futuro y buen futuro por cierto.

Esta edición supone también la última que se lleva a cabo con el actual equipo de Gobierno de la Universidad de Granada. Es por esto por lo que quiero, desde estas líneas, hacer llegar mi agradecimiento a todos los que de una manera u otra han contribuido a que este certamen sea posible: las Editoriales Springer y la de la Universidad de Granada. A nuestra compañera Rocío Raya, que ha ideado y ha coordinado el proyecto. A los miembros del Jurado que desinteresadamente nos prestan su ayuda: Antonio Sánchez Trigueros, Catedrático de la Universidad y académico, Julia Olivares, académica y bibliotecaria de la Diputación de

Granada, Armelina Correa, académica, profesora de nuestra Universidad y escritora, Rocío Raya, bibliotecaria de la Universidad, y M^a Isabel Cabrera, Directora de la Editorial Universitaria. Ha sido para mí un honor y una satisfacción trabajar con todos ellos aprendiendo que las alianzas hacen que las Instituciones sean mejores y más preparadas para proyectarnos a la sociedad a la que servimos.

Granada, abril de 2015
M^a José Ariza Rubio



Joaquín Carmona Rodríguez

Chao, Chato Chiquín

Joaquín Carmona Rodríguez

Chao, Chato Chiquín

Cuéntales a los niños la verdad

BOB MARLEY

No, claro que no quiero buscarme problemas, quiero colaborar con ustedes en todo cuanto me sea posible, pero comprendan que acabo de salir de un profundo estado de conmoción y de enajenación, que me hallo confuso y desorientado. ¿Drogado? No. Medicado, sí. Todo legal. Supongo que han consultado mi historial clínico, para eso son profesionales. ¿Ebrio?, es posible. ¿Poseído?, tal vez. Pero nada ilegal. Fumé marihuana en otro tiempo, pero ya no.

No vayan por ahí porque no van a llegar a ningún sitio.

Sí, ya saben que mi nombre es Fernando Gámez Gigli y que, efectivamente, soy redactor, biógrafo, un negro literario. He escrito vidas de personajes anónimos y también de alguna que otra personalidad de la televisión, el deporte y la prensa rosa. Creo que ya se lo conté, parece que hay que repetirlo todo. También he escrito dos vidas de políticos y siete tesis doctorales. Se pueden imaginar que de niño mi sueño era ser escritor. Mejor un niño con sueños que un niño prodigio, ¿no? Nunca he publicado una obra bajo mi propio nombre, esto es lo más lejos que he podido llegar en mi carrera literaria. Pero no me considero frustrado, al fin y al cabo me gano la vida escribiendo. Soy un profesional en lo mío, y hay cada escritor endiosado por ahí sin estilo ninguno... A lo que iba.

Pues resulta que tras servirme un café bien cargado salí a dar un paseo por mi jardín, para estirar las piernas y descansar la cabeza de la escritura. No, señores, no. La casa en la que vivo no la gané trabajando, es algo obvio. Los negros no nos hacemos ricos. La heredé de mi familia. ¿Me dejan que les cuente? Vale.

Digo que había estado enfrascado toda la tarde en un encargo bastante odioso. Al menos al principio me resultó odioso, aunque poco a poco estuviera descubriendo en él algún tipo de alivio misterioso, como si, al margen de lo económico, muy lentamente, aquella labor me fuera concediendo algún íntimo y desconocido provecho que, no me pidan que lo haga, no sabría definir ni concretar. Y sí, precisamente se trataba de las memorias de su niño prodigio, Chato Chiquín, son ustedes muy listos, claro que lo conozco, cómo no iba a conocerlo, aparte de que una vez me entrevisté con él y con sus padres para fijar las condiciones de mi trabajo, llevaba ya bastante tiempo dando la paliza por los platós de todas las televisiones, siempre con la misma canción:

*Tú dices que no, no, no,
yo digo que sí, sí, sí.
Me piro sin ti, ti, ti,
tú quédate ahí, tú quédate ahí.
Por eso chao, chao, chao,
yo me voy de aquí, yo me voy de aquí.
Por eso chao, chao, chao,
yo voy a ser feliz, yo voy a ser feliz.*

¿Es que no se sabía otra? ¿Y yo qué sé qué ocurrió? Sólo Dios lo sabrá. Supongo que los mismos que le reían la gracia acabaron aburriéndose de él y condenándolo al olvido. De una patada en el culete al infierno de las glorias pasadas y las infancias perdidas, es la típica historia. Juguetes rotos. Poca profesionalidad y mentiras.

Que sí, que sí, reconozco haber tenido relación con él. Sólo fue una vez, sí, en mi casa. El niño, sus padres, su abogado y mi agente. No sé, la verdad es que no tengo ni idea de cuándo sucedió todo aquello, les repito que me hallo muy desubicado. No sé de qué me están hablando, y continuando con mi relato, si ustedes me lo permiten, tampoco sabría decir por qué, pero les confieso que redactar las memorias de un niño prodigio de diez años —tarea absurda y de ninguna credibilidad, pero muy bien remunerada— de algún modo me estaba devolviendo a mi propia infancia, cuando yo me imaginaba firmando *best sellers* en las ferias del libro y acudiendo a congresos, tertulias y debates televisados. La vidorra literaria. Lo único que puedo asegurarles es que la historia de Chato Chiquín estaba empezando a afectarme personalmente y a írseme de las

manos. Supongo que, a causa de alguna extraña compasión empática, sentía mi propia vida enigmáticamente vinculada a la suya. Nunca he sido excesivamente solidario con las miserias de los que me han rodeado, ni me han interesado mucho sus problemas, a no ser que éstos, directa o tangencialmente, también me afectaran a mí de alguna forma. Y aun en ese caso jamás he sabido hacerles cara con valentía, se me ha dado mejor volverles la espalda y olvidarlos. Quizá por eso no luché como debía por mi carrera. ¿Cómo? Sí, claro, disculpen, iré al meollo del asunto. Es que me complazco en los detalles menos sustanciales, es uno de mis rasgos de estilo. ¿Podrían darme un cigarrillo? ¿No?

Bueno, como decía, salí a descansar al jardín, desperécé los miembros mientras sorbía mi café y, justo cuando estaba pensando en servirme otra taza, ocurrió: escuché su voz fina y desgarrada pidiendo auxilio desde el fondo de mi pozo. Se lo explicaré. Yo tampoco podía creerlo, como no lo creerán ustedes: había un niño atrapado en el fondo del pozo de mi jardín. ¿El pozo? No lo sé. Siempre ha estado ahí. Cuando yo era niño me gustaba asomarme y arrojar cosas, para escuchar el ruido que hacían al chocar contra el agua. También gritaba para escuchar mi eco.

Cosas de niños. Pero el pozo lleva décadas seco. El caso es que corrí hacia él a toda velocidad, me encaramé con cuidado y miré al fondo, pero la oscuridad no me permitió distinguir más que una sombra, una sombra pequeña. No entiendo cómo se las apañó el crío para caerse dentro, porque el pozo tiene un enorme brocal alrededor de la boca para evitar cualquier accidente. Traté de entablar conversación con el niño, pero no me respondió, así que decidí llamar a la policía inmediatamente, soy de los que aún confían en ustedes, y a los veinte minutos dos agentes se presentaron en casa. Seguro que existe algún registro de llamadas donde puedan verificar esto. No podría precisar el día ni el mes, todo esto me ha dejado muy aturdido, pero pueden comprobar el número de teléfono de casa. Ustedes son profesionales con recursos, algunos incluso tienen estilo, aunque el estilo policiaco no sea de mis favoritos, pero sí que hay polis con estilo. Mientras los esperé a ustedes tomé dos tazas de café y fumé cuatro cigarrillos. ¿Por qué no se puede fumar aquí? Los conduje amablemente hasta mi jardín y les señalé el pozo. Iluminaron con sus linternas en el interior, me hicieron muchas preguntas irrelevantes, discutieron entre ellos dos durante

unos minutos mirándome ocasionalmente de reojo y, finalmente, se dieron por vencidos y se marcharon, no sin antes advertirme de que la próxima bromita me costaría una denuncia. El exceso de trabajo es malo y puede ocasionar graves trastornos, pero yo siempre me he considerado un tipo de ideas despejadas, no muy brillantes, es cierto, pero indiscutiblemente despejadas, así que traté de mantener la calma. Supongo que están al tanto de mis antecedentes por desórdenes mentales y mis peregrinaciones por diversos centros psiquiátricos, pero puedo afirmarles muy orgulloso que en ningún momento, pese a tan incómoda tesitura, me entregué al pánico. Desde el principio mantuve fríamente alerta mi raciocinio. Encendí un cigarrillo para relajar la tensión, que me noté por las nubes, y me lo fumé asomado al pozo, en un ridículo intento por convencerme a mí mismo de que no había motivo alguno para la preocupación. Pero sí que lo había. Si de verdad había un niño allí abajo eso significaba un problema. Y si no lo había, yo estaba seguro de haberlo escuchado gritar y de haber visto su silueta, lo cual también suponía un problema, de otra índole, sí, pero también un problema. Apuré la última calada. Entré en casa para coger una

linterna y examinar el fondo del pozo con el rigor científico que la situación requería. No es que desconfíe de las linternas profesionales de la policía, ni de sus manuales de estilo, pero a veces uno sencillamente no ve lo que no quiere ver. Alumbré hacia abajo y el niño estaba allí. Acurrucado, dándome la espalda. Menos mal que el pozo estaba seco hacía años. No, no, no. El niño no era Chato Chiquín, pero qué simples son ustedes a veces. Si me dejan contárselo todo a lo mejor sacamos algo en claro, ¿no les parece?

Entonces comenzaron las dudas. La idea de que yo y sólo yo pudiera ver al niño allí abajo implicaba un hecho aterrador: que el niño deseaba que así fuera, que el niño se me estaría apareciendo a mí, no a otros. A Fernando Gámez Gigli personalmente. Y aquella idea no me hizo ninguna gracia, y como sentí un escalofrío helado subirme desde la rabadilla hasta el cogote, pensé que lo mejor que podía hacer en aquel momento era pensar en otra cosa, volver a mi escritorio, guardar en el ordenador el trabajo del día e irme a la cama tras tomarme mis pastillas correspondientes. Vale, vale, intentaré abreviar.

Mientras dormía soñé con un niño. Al despertar no pude recordar si se trataba del niño

prodigio cuya vida, les repito, estaba casualmente inmortalizando en el papel, o si desafortunadamente se trataba del niño del pozo. Quise creer que había soñado con Chato Chiquín, que aunque cantaba fatal y me producía cierto sentimiento de repulsa y misericordia, con toda seguridad no era producto de mi improbable delirio. Intenté persuadirme a mí mismo, mientras preparaba en la cocina el primer café del día y fumaba ya el segundo cigarrillo, de que el episodio de la noche anterior solamente había tenido lugar en mi subconsciente, en el turbado e insostenible espacio de las indescifrables quimeras que me ciñen cada vez que me atrapa el sueño, creo que a causa de la medicación, no se imaginan ustedes lo que hacen esas pastillas con la cabeza de uno. Aunque en enseguida me avergoncé tratando de engañarme a mí mismo. En el pozo había un niño, me gustara o no la idea, y un enmarañado sentimiento de aturdimiento se fue apoderando de mí. No sé qué molesto pensamiento peligrosamente indigno parecía haber incubado en mi cabeza y estar desarrollándose allí a sus anchas, acomodado entre los mullidos colchones de mi reblandecido cerebro. En el transcurso de aquellos primeros minutos de la mañana, de alguna infame manera

me fui creyendo no sólo en la posibilidad, sino también en la disposición de, a través de mi escritura, utilizando las palabras como si fueran cuerdas, manejar los movimientos de Chato Chiquín, cuya vida tenía en mis manos para plasmar en el papel, de dirigir sus pasos como podría hacer un titiritero hasta el pozo de mi jardín, con la oscura intención de arrojarlo al fondo, para dejarlo allá olvidado y suplantarlo por el niño que había dentro, y aventurarme entonces a escribir la historia de éste. Una historia presumiblemente interesante, no la historia falsa de un vulgar niño prodigio, sin estilo ninguno. ¿Cómo que me deje de fantasías? ¿Pero no quieren que les cuente todo lo que sé? Pues eso estoy haciendo.

No sé. Mis intenciones eran ciertamente equívocas. No estaba seguro de querer asesinar a Chato Chiquín en el escenario febril de mi truculenta imaginación, tampoco de querer asomarme de nuevo al fondo del pozo para revolver las aguas sucias de mi subconsciente, que más o menos estaban serenándose desde que había dejado la marihuana. Ni siquiera sabía, en el caso de que finalmente reuniera el arrojo suficiente como para cometer el ficticio infanticidio, cuál sería el móvil de tan cobarde

fechoría ni qué beneficios me reportaría esta especie de injusta venganza idealizada y absurda. Y aun en el hipotético caso de haber superado tales dudas e inconveniencias, no alcanzaba a comprender de qué fabulosa forma llevaría a cabo tales hechos criminales. La única certeza que tenía era que escribir vidas ajenas en ocasiones me alejaba demasiado de la mía propia, me hacía creer parecerme a Dios, omnipresente y plenipotenciario. Y también que la sensación de inseguridad e irrealidad ronda en sepulcral silencio por los recovecos de las mentes calenturientas como la mía, aunque nunca acabe de tomar cuerpo y ni siquiera asome las narices fuera de las ardientes sombras entre las que se cobija. Pero no vayan a pensar que estoy como una cabra, tomo religiosamente todas las pastillas que necesito. Tampoco crean que el consumo de marihuana provocó en mi cerebro trastornos irreversibles, nada de eso. Al final cualquiera de ustedes, guiado por cualquier razonamiento, sensación o impulso completamente diferente del soñado infanticidio que a mí me condujo a obrar como obré, con toda seguridad también habría vuelto a asomarse a aquel pozo, porque la curiosidad no conoce límites. Sentí la necesidad de encender un cigarrillo antes de atreverme a

hacerlo. Tengo, desde que abandoné el consumo de marihuana, la enfermiza necesidad de encender un cigarro antes de hacer cualquier cosa. Por cierto, ¿por qué no me dan un cigarrillo? ¿No? Bueno, gracias de todas formas. Continuaré, ¿por dónde iba? Ah, sí.

Di una calada que aguanté en los pulmones durante más tiempo del normal y entonces asomé la cabeza al fondo del pozo. No se veía nada.

— Eh... ¿Hola? —balbuceé, y el niño del pozo por fin se comunicó conmigo.

— *Hola.*

— ¿Quién eres? —indagué.

— *¡Soy yo!* —me dijo, y yo me apoyé en el brocal buscando una postura cómoda.

— ¿Te has caído, chico? —pregunté cuando hube tragado la suficiente saliva y comprendido que no estaba alucinando, atrapado en alguna vertiginosa espiral de extasiado desvarío.

— *No* —contestó el niño como si no hubiera entendido bien mi pregunta.

— Pero dime... ¿cómo has llegado hasta ahí?

— *No lo sé. Ya estaba aquí.*

Sentí como si escuchara la voz de aquel niño directamente dentro de mi cerebro, como una pelota insistente y traviesa que rebotara por los recovecos polvorientos de mi cabeza. Volví a

conceder cierta credibilidad a la posibilidad de estar sufriendo una nueva crisis, pero rápidamente recapacité, encendí otro cigarrillo, aspiré con vehemencia el humo de la primera calada y conseguí mantenerme relativamente despejado, lejos de la aterradora idea de la demencia.

— Bueno... supongo que querrás que te saquen de ahí, ¿no? —conseguí preguntar de nuevo al chico.

— *Como tú quieras* —me contestó, ¿pueden creerlo?

— No, cómo va a ser como yo quiera... Tendré que sacarte de ahí, ¿no? Tú querrás que te saquen de ahí, ¿no?

— *Si quieres puedes sacarme y si no quieres puedo quedarme aquí.*

Y entonces comprendí que se aproximaban momentos difíciles, y no supe si me encontraba verdaderamente preparado para afrontarlos. Justo en aquel instante pensé en la marihuana. Lo bien que me sentaría entonces. Pero me la había prohibido a mí mismo. Los médicos quisieron demonizarme el consumo de marihuana, pero durante mucho tiempo no seguí sus preceptos y continué fumándola durante años y años, hasta que conseguí abandonar este hábito cuando al fin comprendí que verdaderamente el Diablo

accedía a mi cuerpo a través de ella cada vez que la inhalaba. Pero les repito que ya estoy limpio.

Así que apuré la colilla de mi cigarro hasta casi quemarme la comisura de los labios, e inmediatamente me vi en la necesidad de encender otro. También me apetecía un café terriblemente. Reflexioné antes de dar ningún paso en falso. ¿Debía avisar a alguien para pedir ayuda? ¿Debía cerciorarme de que aquellos extraños sucesos estaban ocurriendo realmente y no era mi subconsciente insatisfecho y revoltoso jugándome una mala pasada? Tuve que reorganizar mis pensamientos, que se agolpaban impetuosamente contra los muros de mi raciocinio sin dejarme reflexionar. Aquel niño en el pozo, real o no, era una encarnación simbólica, de eso no podía caberme duda. Ahora bien: sólo había una forma de aclarar aquel suceso, y esa única forma era tratar de conversar con él. Mi sentido común me permitiría rápidamente distinguir la realidad de la ficción. Dialogar con él era lo que debía hacer. Encendí otro cigarro. Por cierto, ¿serían tan amables de darme el cigarrillo que les he pedido? ¿No? Bueno, entonces dije:

— No me has dicho tu nombre, chico.

— *Lláname como quieras.*

— Bueno, está bien, no me lo digas. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

— *No lo sé. Creo que he estado aquí siempre.*

Aún no estaba seguro de si era dueño de mis sentidos o verdaderamente estaba perdiendo el juicio por enésima vez. Traté de esgrimir la lógica como arma infalible contra la presión de la insania, que parecía ir apoderándose del control de mi juicio. Argumenté:

— No has podido estar ahí siempre porque este es mi jardín, esta es mi casa, conozco muy bien este pozo y hasta ayer tú no estabas aquí.

Pero el maldito crío replicó:

— *Tal vez he estado aquí siempre pero nunca me has visto.*

Y ya no pude contener el peso de mi propio cuerpo y me sentí desvanecer, no digan que el asunto era para menos. Demasiadas ideas se aglomeraron en el reducido espacio de mi mente confundida y tuve que cerrar los ojos, tumbarme boca arriba y respirar tan hondamente como mi nerviosismo me lo permitió. Volví a acordarme de la reconfortante paz cerebral que la marihuana solía provocarme, aquellas bajadas de presión sanguínea y aquella sensación de placentero calor interno de la hierba holandesa de exterior que solía cultivar yo

mismo. Aquel aroma cítrico que desprendían sus cogollos densos, resinosos y rojizos al desmenuzarlos en la palma de mi mano. Aquella forma de navegar sobre mis propias aguas en calma y de escribir mi diario de a bordo sobre el humo que exhalaba. Aquellos tiempos. Pero ya no más. Nunca más. Pueden comprobarlo. ¿Cómo? ¿Que si trato de reírme de ustedes? No sé por qué piensan eso. Estoy intentando ayudar, si prefieren me callo y que venga mi agente, que él llamará a un abogado. Está bien, ¿por dónde iba?

Desperté sobresaltado, no sabía cuánto tiempo había estado desmayado o simplemente dormido, pero nada más incorporarme encendí un cigarro, me asomé otra vez al pozo y grité:

— ¡Oye! ¿Sigues ahí?

La delgada voz del niño volvió a arañarme el tejido interior del entendimiento, como las garras de una pesadilla vesánica de la que no puedes escapar, no sé si saben lo que les quiero decir:

— *Sí. Hasta que tú quieras.*

Y convencido de que aquella tenebrosa historia iba a alargarse más y más, y ante los claros y crecientes síntomas que me estaban aquejando, determiné que aquel era un momento propicio

para tomarme mi relaxicina, la pastilla para la circulación. Primero el médico me recetó una pastilla que me producía somnolencia y dispersión mental, pero después me la cambió por la que tomo ahora. Aunque tengo que tomar ocho al día este medicamento no me provoca ningún trastorno. De todas formas tomo memoricina para favorecer la concentración, por lo que pudiera pasar. Mi trabajo requiere mucha. Supongo que también el de ustedes. Se ve que son muy profesionales. ¿Por dónde iba? Ah, sí.

Le pedí al chico que me mostrara su rostro, y ¿saben lo que me contestó?

— *Si te fías de tus ojos no verás nada.*

Parecía como si el chico me conociese. Recordecé que la seguridad que proporciona la visión de las cosas no es determinante ni decisiva, pues en el pasado alguna vez sufrí de alucinaciones visuales que en el momento de producirse hubiera juzgado absolutamente reales. Gracias a los neurolépticos y las benzodiazepinas dejé de sufrirlas, aunque tuve que probar antes varios medicamentos que me condujeron a una terrible depresión tras otra. En un principio hube de contrarrestar mis inclinaciones depresivas con fármacos heteroclíticos, creo que empecé con clomipramina, y luego seguí con trazodona y

viloxacina, pero más tarde cambié de médico y me propuso probar el único inhibidor de la enzima monoaminooxidasa comercializado en nuestro país, la tranicilpromina. Gracias a Dios Todopoderoso pude pagar a los mejores profesionales. Oh, sí, claro, claro, iré al grano.

— *¿Quién eres?* —quiso saber el chico sin rostro.

— *¿Yo?* Buena pregunta. Soy Fernando Gámez Gigli, o eso creo, y me dedico a escribir historias.

— *¿Qué tipo de historias?*

— Bueno, en realidad escribo lo que me piden que escriba. Escribo vidas de otros. A veces vidas de verdad, la mayoría de las ocasiones vidas soñadas, o fingidas.

— *¿Y la tuya?*

— *¿Qué, mi vida?*

— *Sí, ¿es de verdad, soñada o fingida? ¿La escribes o te la escriben?*

El maldito niño me hacía pensar demasiado, pero creo que fue precisamente eso lo que tanto me gustó de él, el motivo por el que congeniamos. El chico apareció de pronto en mi pozo, quiso instalarse en mi vida y yo accedí a hacerle un hueco dentro. Así pasaron los días, casi sin darnos cuenta, y cada noche,

sin faltar una sola, me acercaba al pozo para conversar con él. Nunca necesitaba nada de mí, salvo mi interés por sus necesidades, que se basaban únicamente en el diálogo y el aprendizaje. Descuidé bastante mi trabajo, y mi enriquecedora y sobrenatural relación con el chico frecuentemente me impedía conciliar el sueño. La hiperactividad neuronal tomaba el control de las riendas mi pensamiento cada vez que cerraba los ojos, por lo que aumenté la dosis de mi medicación para lograr un equilibrio biorrímico que poco a poco veía desestabilizarse. Benditas pastillas. Una vez, hace mucho tiempo, en busca de respuestas a mis conflictos existenciales, acudí a un centro independiente muy alternativo al que me llevó una amiga hippy. Era una comunidad de místicos y colgados, en la que recomendaban el uso de la marihuana como agente terapéutico para el tratamiento de los dolores del alma, y allí es donde caí en las garras de esa adicción. Pero entonces no conocía las formas tan insospechadas que el Diabolo adopta para introducirse en el espíritu y hacerlo suyo. Gracias a los médicos que pagué después la marihuana ya pertenece al pasado de mi vida —nunca más, jamás—, y además los fármacos específicos que tomo ahora para

combatir mis males van de maravilla. Sí, sí, voy a abreviar. Es que creo que deberían entender bien todo esto. Puede ser muy importante.

Todos los días acudía a nuestra cita en el pozo, que mi chico y yo fijamos justo al caer la noche, él porque la noche era su espacio fingido y yo porque la noche era mi espacio soñado. Y porque para ambos significaba un espacio verdadero, el de nuestro encuentro. Aprendimos muchísimo el uno del otro. Cuando yo le permití ver tras de mis cortinas él me desveló los secretos de su postura, que no era la más cómoda de todas pero sí la más estimulante. Su rostro era lo de menos, no llegué a verlo con claridad. Abandoné por completo mi trabajo, incumplí los plazos de entrega, me fue rescindido el contrato para las memorias de Chato Chiquín, al que muy secretamente acabé odiando, y el balance de cuentas de mis ingresos, entre estas pérdidas y otros descuidos, me reveló, sin comerlo ni beberlo, un saldo negativo bastante aterrador. En muy poco tiempo —aunque ciertamente cuando estaba con mi chico la noche extendía su duración y su dominio mucho más allá del relativamente incontestable veredicto del reloj— me vi en la ruina más absoluta. Abatido por la presión que ejercía sobre mi biorritmo la luz del

día, ya que las noches con mi chico llegaron a desgajarse de la materialidad del espacio-tiempo, no pude evitar caer en la tentación de volver al placer de la bebida. Comencé de nuevo a beber alcohol, que no había probado desde mi tercer ingreso, cuando tuve que dejar de escribir durante dos años. Lo único que quería era acabar con la espera de cada día, deseaba borrar de un plumazo ese intervalo de tiempo en el que sólo pensaba en la noche, en mi pozo, en mi chico. Quería olvidar que esa parte de mi vida era también necesaria para que existiera la otra, o al menos alguna vez lo había sido. Sólo ansiaba estar allí, asomado a mi pozo, conociéndome cada noche más y conociéndolo a él también, escribiendo por fin la *verdad* sobre las renglonaduras de mi propia existencia. Supe tanto sobre él que llegué a creer comprenderlo mejor de lo que él se comprendía a sí mismo, y en ocasiones tuve también la sensación contraria, que era él quien lo sabía todo sobre mí y yo únicamente debía estar allí para dar fe de nuestro encuentro. Lentamente me fui sumergiendo en los tenebrosos abismos de la insania, y diría que fui completamente consciente de ello. Durante el día sufría frecuentes alucinaciones táctiles y auditivas. Observé cómo las mejillas

se me iban hundiendo y un constante y molesto parpadeo involuntario se iba apoderando de mi ojo derecho. Caía en lamentables crisis de embotamiento, me sentía violentamente extraído de mí mismo, y trataba de contrarrestar estas sensaciones extrapoladas de mi persona incrementando aún más las dosis de pastillas, alcoholes, café y cigarrillos, en una vorágine de caos y absoluta desesperación inevitablemente suicida. Mas sin ceder nunca a la tentación de la marihuana, que me la tenía terminantemente prohibida a mí mismo, si bien en numerosas ocasiones, siempre ocasiones difíciles, anhelé su aroma salvaje e incluso lloré por el recuerdo de su sabor intenso y especiado, el agradable picor que acariciaba en otros tiempos mi garganta al inhalarla... Pero registren mi casa si quieren, no encontrarán ni rastro de marihuana y comprobarán que les digo la verdad. Yo soy un tipo legal.

Comencé a vivir de noche. Quiero decir que creo que dejé de existir durante el día para ser exclusivamente habitante de ese otro espacio nocturno que fantástica e incomprensiblemente había liberado mi espíritu gracias a la aparición del chico de mi pozo. No descarto que Dios lo pusiera allí. En la oscuridad recordé que alguna vez yo solía escribir mis propias historias. Escribí

cientos de ellas cuando aún creía en los sueños. De aquellas historias creo que no ha sobrevivido ninguna. O puede que quede alguna cuartilla entre los papeles de mi trastero. Búsquenla si lo desean y verán que no los engaño. Lo que no van a encontrar es marihuana, por más que busquen, porque hace mucho tiempo que no la consumo. No la necesito.

Una noche se me ocurrió que quizá a mi chico pudiera apetecerle escuchar alguna de mis historias. Hubiera estado dispuesto a inventar una para él solito, con un final a su gusto, triste o feliz, tajante o abierto, como él me lo hubiese pedido. Habría inventado una historia de las necesarias, de las que se quedan y dejan poso, no la de un niño bailarín y cantarín, gordinflón y prodigio, tan vulgar... qué poco estilo. Me hubiera inventado la forma en que mi chico habría llegado allí, su pasado, y hubiese explicado su situación presente otorgando razón y memoria a su presencia en mi pozo, porque es de lo que carecen las malas historias, de razón y de memoria. La hubiera dotado de un halo irónicamente mágico y tenebroso, tratando de indagar en la realidad pero sin definirla demasiado, a golpe de tenacidad y evanescencia, como se forjan las historias de verdad. Habría

querido imaginar también un sinfín de detalles esclarecedores y fascinantes, uno de mis rasgos de estilo, pero en aquel preciso instante, mientras revelaba mis intenciones al chico, me sobrevino una angustiada sensación de frío y embriaguez, un alarmante sentimiento de poder y energía interiores mezclado con la más extrema lasitud exterior. La respiración se me tornó una corriente de fuego, en el estómago me estalló una bomba de miedo, mi lucidez sucumbió a un desequilibrante vértigo existencial, algún divino desorden tomó el control de mi organismo y, como si una fuente de atracción magnética me arrastrara hasta el fondo del pozo, salté o me dejé caer adentro.

No pude saber cuánto tiempo permanecí desmayado o simplemente dormido en el fondo del pozo, no me pidan que trate de calcularlo, ni siquiera aproximadamente. Aún no he superado ese golpe. Quizá unas horas, quizá varios días. Tal vez toda una vida. Sólo sé que desperté sobresaltado, encendido por no sé qué resorte, y noté todos mis miembros entumecidos. Nada más incorporarme volví a creerme dentro de algún sueño, no sabría decir si propio o ajeno. Cuando la vista se me fue acostumbrando a la penumbra, mientras palpaba sus musgosas paredes, vislum-

bré en lo alto del pozo, apoyada en el brocal, la figura un niño. En su rostro pude reconocer mis propios rasgos faciales, muchos años atrás en el pasado, asomado con suma cautela, observando en profundidad, adivinando pacientemente su futuro en mis formas y en mis movimientos. Analizaba las líneas de mis facciones, curtidas y huidizas, y observaba con paternal curiosidad mis ridículos intentos por trepar hacia donde él estaba. Tampoco sé cuánto pudo durar esta situación. Tal vez permanecí allí abajo hasta que el niño creció, quiero decir, hasta que me hice mayor. No tengo ni idea. Recuerdo que en un momento dado eché la mano a un bolsillo y palpé sobre la tela del pantalón algo con la forma de un cilindro alargado, tal vez una pluma, tal vez un buen cigarro con marihuana, de esos liados con hojas de tabaco enrolladas, sin papel industrial, que es fatal para la salud. Con todas mis fuerzas deseé que, mediante algún imposible hechizo de magia, aquello hubiera podido ser ambas cosas a la vez. De esa manera habría dejado escritas mis impresiones, ya fuera en las palmas de mis manos, o en la ropa, o sobre la misma piedra, y al terminar habría encendido el cigarro, habría chupado de él con todas mis fuerzas, me habrían brotado un par de nuevas

alas y entonces, como antaño hiciera, habría aprendido a volar para escapar de allí abajo. Pero el cilindro alargado en mi bolsillo era sólo mi linterna, con la que gracias a Dios pude hacer algunas señales, hasta que alguien las vio y por fin acudieron los bomberos, muy profesionales, y ustedes también, por supuesto, a rescatarme.

Y no tengo nada más que decirles. Eso es todo lo que ocurrió o es todo cuanto puedo o necesito recordar, señores policías. ¿Son ustedes inspectores? ¿Quién es el poli bueno y quién el malo? Claro que sería lógico que hubiera inventado algunas cosas, de otra forma nada de esto tendría sentido.

¿Podré volver a casa esta noche? No quisiera faltar a mi cita en el pozo. Mi chico debe de estar esperándome, tengo mucho que contarle, y de su maldito niño prodigio asesinado no sé absolutamente nada, sólo que una vez empecé a escribir su vida, pero tuve que dejar de hacerlo. A lo mejor Chato Chiquín se merecía la muerte, por repelente y por vulgar. Por carecer de estilo. Cómo llegó su cadáver a mi jardín a mí no me lo pregunten. Hablen con Dios. En el mundo ocurren cosas rarísimas, el Diablo también anda metiendo cizaña, ya ven lo que me ha pasado a mí.

¿Y serían ahora tan amables de darme un puto cigarrillo, por favor? Sin marihuana, claro, yo ya no fumo eso, aunque a veces me den ganas. Un cigarro normal, de los que vienen en paquetes de veinte, con un sello de España. Me muero por unas caladas y ya tienen mi declaración. ¿O piensan retenerme en comisaría? ¿Tal vez por loco? ¿Por drogadicto? ¿Me piensan tener aquí hasta que encuentre un final adecuado para mi historia? ¿O acaso el final que ustedes andan buscando? Si quieren, para terminar, para clausurar con aire festivo este *show*, porque les veo unas caras demasiado serias, les puedo cantar una canción:

*Tú dices que no, no, no,
yo digo que sí, sí, sí.
Me piro sin ti, ti, ti,
tú quédate ahí, tú quédate ahí.
Por eso chao, chao, chao,
yo me voy de aquí, yo me voy de aquí.
Por eso chao, chao, chao,
yo voy a ser feliz, yo voy a ser feliz.*

¿Puedo salir a tomar el aire? Me están dando ganas de vomitar.



Salvador Funes Garrido

Eres utopía

Salvador Funes Garrido

Eres utopía

*A Iryna, que me regaló Berlín.
A Marcelo Huertas, que me motivó.*

*Cómo voy a creer / dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos / mengana dulce
osada / eterna
si vos / sos mi utopía.*

Mario Benedetti, Utopías

No recuerdo mi nombre. No es la primera vez que me sucede. Siento el calor de los somnolientos primeros rayos de sol que entran por la ventana, tomo consciencia de mí mismo, del lugar en el que me encuentro, pero mi nombre desaparece de mi memoria. Ese es el proceso.

Vivo rodeado de libros que, en mi mundo, son como personas. Aristóteles es mi inspiración. Marx suele recordarme que se siente cada día más enfermo. Jean Paul Sartre me hace libre. Coincidí con Engels en su primera estancia en Mánchester y suele visitarme en las vacaciones de invierno. A menudo, salgo a pasear con Erasmo. Montesquieu es mi vecino de al lado.

No recuerdo mi nombre. La primera vez que me sucedió nadie podía calmar mis nervios, excepto Mozart. Cuando su Concierto para piano número 21 sonó por primera vez completo en el piano de Wolfgang, recuperé mi nombre y la paz. Recurrí a la terapia musical en numerosas ocasiones. Tanto, que pasé una década obsesionado con el Claro de Luna de Debussy. Obsesión que me labró la antipatía de Claude, hecho que todavía me reprocho.

He sobrevivido al tiempo o, tal vez, he vivido muchas vidas. Sigmund Freud, después de psicoanalizarme, me dijo que sufría una extraña enfermedad: la bibliomanía. Por otro lado, bastante razonable, dadas las circunstancias en que había vivido desde mi nacimiento. Nací sobre la mesa de una biblioteca. Mis primeros pasos los di sujetándome a las baldas de estanterías repletas de libros. Lo más parecido a la leche

materna que conocí eran los cuentos de los hermanos Grimm y de Hans Christian Andersen.

A pesar de todo, Sigmund me tranquilizó, me dijo que mi enfermedad no era preocupante y que no era peligroso para la sociedad. Todo lo contrario: en un futuro próximo el mundo entero la padecería y, entonces, el motivo de mi existir habría desaparecido.

Creo que el bueno de Sigmund se equivocó. Lejos de ello me fui oxidando por dentro. Pero mientras mi contenido se vaciaba, mi cuerpo resistía el paso del tiempo y se mantenía joven y atractivo.

Sigo sin recordarlo. James Matthew Barrie siempre me comenta que el problema que sufro con mi nombre, le recuerda al problema que Peter Pan sufría con su sombra. Quizá mi nombre lucha para volar a Nunca Jamás. Aunque no descarto que lo que realmente pretenda sea huir de allí.

A pesar de todo ello, he dejado de preocuparme cada vez que me pasa. Al principio, sufría vergüenza y desesperación. Con los años, he desarrollado un extraño anhelo, una secreta adicción a que suceda.

¿El motivo? No conozco a nadie que desprecie la obra de Stevenson. Pues bien, cada vez

que olvido mi nombre, mi vida se convierte en una isla llena de aventuras y misterios, que siempre termina en un cofre, donde encuentro un tesoro mucho más valioso que mi propio nombre. No sólo recuerdo mi nombre tras tales emocionantes lances. Además, encuentro alguna pista, que conecta con el siguiente episodio de amnesia.

Recuerdo que la última vez que me sucedió, me dispuse tranquilamente a releer *Grandes Esperanzas*. Tanto me adentré en el universo dickensiano, que me reencarné en Pip, dudé de que ese fuera mi verdadero nombre y hasta estuve a punto de quedarme a vivir en Londres. Mi interior se conmueve al recordar el momento en que regresé al pueblo y me detuve en la antigua casa de la señora Havisham. Puedo rememorar cada detalle de ese día. El olor del tiempo se vuelve fresco en esa calle y en el instante en que la vi. Estella, mi querida Estella.

Justo el momento en que la piel de su mano se estrechaba con la mía, la última gota de consciencia de mi vida real comenzó a evaporarse de mi ser. Fue sólo un instante, mucho menor a un yoctosegundo, el que faltó para que me quedara a vivir allí. Esa última gota de consciencia volvió a prender y me desintegré.

Al alejarme seguí escuchando la voz desesperada de Estella gritando el nombre de Pip, hasta que, cuando su voz se convirtió en susurro, en lugar de Pip, escuché mi nombre en la dulce melodía apagada del timbre de su voz.

Quizá la clave esté en Dickens. Quizá la lectura de otro clásico me haga recordar. Puede que adentrándome en el club Pickwick consiga rescatar alguna pista. Aunque sus primeras páginas me envuelven, una especie de letargo me transporta a un dulce coma, en el que soy mecido por la suave bruma de las cenizas de los cuentos milenarios, perdidos en la Biblioteca de Alejandría.

Una voz femenina me despierta:

— Estela, está aquí —dijo una chica de pelo castaño y ojos marrones con cara de alivio.

— Menos mal que te he encontrado —dijo su amiga, mirándome fijamente, como si mirara el índice de la vida que le quedaba por vivir.

Con esas simples palabras, Estela me cogió, me sacó de aquel lugar y me introdujo en su vida.

La luz de la calle no dañó mi piel, a pesar de que el conserje de la biblioteca le comentó a la tal Estela que no recordaba la última vez que había salido de aquel lugar. Ni siquiera sé por qué me aferré a su mano y me dejé llevar.

Estela no se parecía mucho al recuerdo de la Estella que Charles creó para mí, es curiosa la forma en que conectan mis episodios. La primera diferencia que aprecié era su ropa. Nunca había visto nada así. Pude recordar las imágenes que había visto en los amplios volúmenes a todo color de la sección *Arte C: Moda y Diseño* de la biblioteca y apreciar en vivo lo que ya había visualizado en el papel estucado. Llevaba unos *jeans shorts*, aunque con unos gruesos calcetines negros que subían hasta su rodilla, que no hacían sino resaltar más sus largas piernas, que terminaban en unas botas bajas gris oscuro. Un top estampado de imperceptibles flores y un *blazer* negro dejaban ver un conjunto muy diferente del que usa una dama de la época victoriana.

Por otro lado, Estela era una chica muy delgada, de pelo rubio con un extraño peinado: un largo flequillo y un moño sencillo, algo desflecado. Unos labios ligeramente finos, pero lo suficientemente carnosos y rojos para alojar una sonrisa única: el incisivo lateral superior izquierdo sobresalía ostensiblemente, pero la perfección del resto, le daba una sonrisa enigmática y envolvente que hubiera sumergido a la insumergible Molly Brown. Al mismo

tiempo, su risa era chillona y escandalosa. No pasaba desapercibida su forma de andar: libre y despreocupada, extrañamente segura. No pude ver sus ojos, ya que unas negras gafas de sol de estilo aviador los cubrían, pero prefiero dedicar un apartado a sus ojos en el debido momento.

En definitiva, Estela eclipsaba a todo cuanto la rodeaba. Todo era oscuro y difuso más allá de su silueta. No podía ver a su amiga, ni podía verme a mí más allá de sus dedos surcados por las venas de quien pulsa las teclas de una máquina de escribir, un piano, o las cuerdas de una guitarra acústica.

El resto del paseo discurrió sin alteraciones, también sin explicaciones. La conversación entre Estela y su amiga viajó por diferentes lugares: la música indie, el descubrimiento de la obra de Hans Fallada tras un viaje a Berlín, la exposición de una amiga en la flamante galería Ars Petra y los recientes mensajes de un adonis de la facultad. Era un diálogo alegre y despreocupado de dos chicas jóvenes con una existencia dichosa, que no se percataban, al menos en apariencia, de mi presencia, salvo por esporádicos apretones de los nudillos de Estela que percibía mi sentido del tacto.

Se despidieron con dos besos en la parada de metro. La agonía de mi supuesta invisibilidad parecía llegar a su fin. Sin su amiga, Estela me dedicaría alguna atención. Para empezar se presentaría, al menos. Posteriormente me explicaría el porqué de sus acciones, a dónde me llevaba y me preguntaría mis pareceres al respecto. Por supuesto, todo ello, después de una disculpa por desinteresarse plenamente de su invitado (¿realmente era su invitado?). No obstante, nada de eso sucedió. Todos los interrogantes quedaron sin resolución. En cambio, mis dudas desaparecieron acto seguido.

Subimos al metro, Estela se asió a una barra del mismo sin soltarme de su mano y, tras lo que parecía una mirada ausente al fondo del vagón, se encorvó y se desinfló. Al mismo tiempo, parecía mirarme de reojo, aunque esto no puedo asegurarlo por completo.

Nos apeamos y caminamos silenciosamente hasta un edificio casual, con balcones llenos de maceteros de colores, que se encontraba justo enfrente de la boca de metro. Con su mano libre, extrajo un llavero de su bolsillo, con la palabra LVIV, probablemente adquirido en algún extraño viaje a Ucrania, tomó una de las tres llaves del mismo y abrió la puerta

principal. El portal, a diferencia de la fachada del edificio, era un pasadizo lúgubre, donde sólo una diminuta luz azul nos mostraba el camino hacia el ascensor. En cualquier caso, Estela podría haber llevado los ojos cerrados en ese momento, ya que no se quitó las gafas de sol al penetrar en la penumbra. Lejos de ello, aceleró con firmeza el paso. Llamó al ascensor y se apoyó en la puerta del mismo, mirándome fijamente. El sonido metálico del ascensor y la fragancia dulce y oriental de su sensual perfume, que el espacio cerrado me permitía captar, me transportaron al lugar donde se unen la existencia y la espuma del sueño.

Estela abrió la puerta del ascensor, se hizo la luz y regresé a la realidad. Con energía pulsó el botón de ático dos y, como si se tratara de una coreografía, el ascensor comenzó a subir rápidamente al mismo tiempo que ella se desprendía de sus gafas de sol.

No sé cuál fue la causa del revoloteo de mariposas que sentí en mi interior. Quizá fue la veloz puesta en marcha del elevador. O quizá fue la visión de los ojos de Estela. Nunca leí en estudios astronómicos que existan selvas en la Luna. No se ha debido investigar adecuadamente el astro amigo, porque es la única descripción

que se me ocurre de los ojos de Estela. Eran del color que tiene la Amazonía en la Luna, desde un lado más grises que verdes, desde el otro, más verdes que grises, llenos de oscuridad, de noches en vela, vigilantes, leales. Las dos selvas lunares reposaban sobre dos ojeras tan negras que parecían soportar el peso del universo.

De pronto, me miraron, comenzaron a temblar, se desató una sobrecogedora fotosíntesis portentosa, se transformaron en un nubarrón oscuro y comenzó a diluviar sobre mí un torrente de lágrimas salinas al tiempo que me abrazaba. Mientras, aquel ascensor también quiso participar en la competición de acercarme al cielo, y perdió.

Desde la puerta, se percibía el aroma a incienso del interior del apartamento. La esencia llenó el vestíbulo cuando Estela abrió la puerta. En la entrada se veía un amplio salón lleno de estanterías, abarrotadas de libros, coronado por unas cristaleras con vistas a la ciudad, que comenzaba a vestirse de noche y resplandecía a última hora del crepúsculo. El sofá, con una gruesa manta ocre sobre sus cojines y con dos libros a sus pies, estaba en el centro de la estancia. Enfrente del sofá se distinguía la televisión en el centro de un mueble donde se apreciaba una colección de

películas más grande que la de *Totó* de Cinema Paradiso. Detrás del sofá, una gran alfombra persa con motivos de animales, soportaba el peso de un piano de pared Petrof, una guitarra acústica Martin de doce cuerdas y un escritorio, con una multitud de papeles usados alrededor, culminado con una máquina de escribir Olivetti que hubiera sido ambicionada por el propio Víctor Hugo. Justo cuando intentaba curiosear más allá del salón, Estela me lanzó al sofá y desapareció por el fondo del pasillo.

No es que fuera la primera vez que me sucedía en el transcurso de ese día, pero me sentía más perdido que el mundo de Arthur Conan Doyle. Estela no me había dirigido la palabra desde que me rescató de aquella biblioteca, tan lejana en este momento. Me había sumergido en su mundo, sin saber nada de mí, al menos eso creía yo. Mientras esperaba la siguiente etapa del trance donde me mecía, intenté relajarme pasando revista a los volúmenes que colmaban las estanterías y saludando a algunos amigos: Cortázar, Shakespeare, Poe, Orwell, Borges, Wilde, Carrol...

Cuando mis emociones reemprendían el camino al equilibrio, un terremoto las sacudió por completo. El primer temblor fue el soni-

do de una puerta al abrirse. El segundo fue el golpe de la fragancia a madera de cerro de Marruecos del cuarto de Estela. Los temblores no cesaron mientras escuchaba las plantas de sus pies descalzos sobre el parqué, cada vez más cerca, hasta que fui capaz de percibir cómo se despegaban sus talones al iniciar un nuevo paso hacia el salón. La sacudida final fue la visión de Estela. Una camiseta XXL, donde profesaba su amor por la ciudad de Viena, que le colgaba a medio muslo era todo cuanto llevaba sobre su piel. Esa era su carta de presentación.

Milagrosamente, las ojeras habían desaparecido de su rostro. Sus ojos eran más verdes que grises. El encorvamiento y desgana que vi en el metro, habían dado lugar a un ser que generaba más energía que el mejor descubrimiento de Einstein. Las lágrimas del ascensor se habían transformado en fuego en sus ojos al mirarme. En el momento que sentí que su mirada empezaba a abrasarme, se soltó el pelo, abrió la boca muy despacio y se dirigió a mí por primera vez con un susurro:

— Vamos a cambiar el mundo —ronroneó tocándome con un dedo.

Incapaz de articular palabra, me quedé mirándola, paralizado. Mientras, ella daba una

vuelta por la habitación, rozando la letra q del teclado de la Olivetti con el mismo dedo que antes había rozado mi cuerpo.

— ¡Tú y yo vamos a cambiar el mundo! — gritó a los cuatro vientos, saltando por encima del sofá para tomarme en sus brazos y sacudirme por completo.

Aquella noche Estela se llenó de mí hasta saciarse por completo. No tuve la posibilidad ni de llegar a plantearme objetar sus acciones. Si la hubiera tenido, tampoco lo habría hecho. Estela me estudió en cuerpo y alma, exploró los lugares donde nadie había llegado cual Robinson Crusoe en la isla de mis anhelos. Investigó hasta mis átomos, llenándose de sabores y olores del pasado, de la experiencia que acumulo, de mis sentidos, vaciando mis intenciones. Inquirió de mí hasta el último ápice de esencia vital para mantenerme entero, hasta que la aurora nos descubrió envueltos en la manta ocre del salón, que parecía rojo con los matices anaranjados del amanecer y las cenizas que la noche había dejado en el apartamento.

Estela se levantó sin hacer ruido, yo permanecí en aquel lugar, abrumado por las palabras que unas horas atrás había pronunciado Estela, y ahora estaba empezando a asimilar. ¿Qué sig-

nificaba cambiar el mundo? Copérnico cambió el mundo al exponer que el universo no gira alrededor de la Tierra. Simone de Beauvoir revolucionó el mundo e influenció a millones con *El segundo sexo*. Otras grandes hazañas y enormes luchas siguieron llenando mi cabeza y haciendo crecer mis interrogantes. ¿Cómo iban a cambiar el mundo un bibliómano y una joven que no era capaz ni de entablar una conversación más allá de sus delirios?

A media mañana, Estela apareció tras el marco de la puerta. Apenas la reconocí. Llevaba puesto un largo abrigo gris cruzado, a pesar de que no hacía mucho frío, unos vaqueros sencillos, unos zapatos de tacón no muy altos, pero sí de un llamativo verde esperanza, y un pañuelo anudado al cuello del mismo color. Su pelo estaba elegantemente recogido. Lo que vi tras de ella cuando avanzó hacia mí, me llenó de inquietud. Había una enorme maleta de piel marrón apoyada en la pared.

Se acercó a mí y me envolvió entre sus brazos, con una emocionada sonrisa de labios entrece-
rrados. Tras un silencio, digno del orador más locuaz, se dirigió a su expectante espectador. Fueron las palabras más sinceras y esperanzadoras que he escuchado jamás.

— Sé que no puedes hablarme más allá de lo que has hecho esta noche. No voy a pedirte, porque nada más puedo preguntarte. He buscado el sentido a la existencia en todas las artes, en todas las ciencias. He registrado en las bibliotecas, en los bares, en los museos y en todo aquel lugar que me ofrecía algo diferente. He escudriñado la vida de los más laureados de la historia. Me he cansado de preguntar a políticos, profesores y poetas. ¿El resultado? Tú vives rodeado de libros, pero más allá de tu hermosa biblioteca, el mundo es un lugar horrible. La vida real no es como la has visto en tus amados libros. A pesar de ello, esta noche me has revelado que la vida real tampoco es todo cuanto hay. Voy a inventar un mundo nuevo. No sólo me has inspirado para ello, me has mostrado el camino para hacerlo. Pero antes de iniciar el proceso, tengo algo que solucionar en el mundo real. Voy a llevarte a la biblioteca. Esta tarde vuelo a Praga. Nunca te olvidaré.

No he olvidado ningún sonido de sus palabras finales, la posición de sus ojos al pronunciar cada una de ellas, la gotita de sudor que aparecía entre sus dedos al tocarme, ni la diminuta lágrima que asomó, pero que no se derramó cuando pronunció las palabras “amados libros”. Si hay algo que recuerdo ante todo, tanto que, en mi

mundo, se sigue prolongando desde aquel día es el beso tierno que depositó en mi interior, que sigue marcado del color de su carmín rojo. Pero seguía sin recordar mi nombre.

En la biblioteca nada había cambiado, por desgracia. Las mismas personas sentadas en los mismos habitáculos, alejados del mundo exterior. No me separé de la mano de Estela hasta que me dejó justo en el lugar en que me encontraba cuando me rozó por primera vez y sin pronunciar palabra alguna, como era costumbre en nosotros, salió de la Sala de Filosofía.

Esa noche descubrí, que en sus experimentos nocturnos del día anterior, Estela había llenado mi cuerpo de palabras que no podía interpretar ni unir. Por desgracia, a esas horas, no era posible que nadie me revelara el mensaje. Es más, podrían pasar días, meses, años, e incluso décadas sin que nadie me tocara. Ya he vivido esa situación con frecuencia.

Quizá por eso, muy temprano, a la mañana siguiente, me sorprendió que alguien me despertara, estirando de mí sin compasión alguna. Se trataba de un chico que había ido exclusivamente a buscarme. Sin mediar palabra, se dirigió directamente al lugar donde Estela había escrito su mensaje y lo leyó en voz alta:

— He ido a Praga para buscar a Tomás. La insoportable levedad del ser. Milan Kundera.

Todavía perduraba el eco de su voz grave y seductora, cuando me dio la vuelta con sus fornidas manos y fue directamente al lugar donde se encontraba la marca de carmín de Estela. Sin ningún pudor, la olió, la tocó y, finalmente, la besó con ternura, ocupando con sus carnosos labios todo el lugar, donde hacía dos noches Estela dejó grabados los suyos.

Sin tiempo para reaccionar, me tomó y sus brazos parecían una grúa que violentamente me sacaban de mi hogar. Salió disparado hacia la puerta, golpeándome con una estantería. Un ímpetu desbocado afloró, al mismo tiempo que se desgañitaba:

— ¡Estela, vamos a conseguirlo! ¡Estela, vamos a conseguirlo! ¡Estela!

La alarma de seguridad del edificio comenzó a sonar, pero el frágil conserje nada pudo hacer por detener a aquel loco apasionado, ni al rehén que, asustado, veía por última vez las paredes centenarias de la biblioteca que lo vio nacer.

Sin dilación, aquel perturbado paró un taxi. Me arrojó a su interior, se sentó y cerró la puerta en una exhalación.

— Al aeropuerto, por favor.

— Inmediatamente —replicó el gentil taxista.

El sol de la mañana tomaba fuerza, mientras el taxista se dirigía a las afueras de la ciudad en dirección al aeropuerto. Sólo pude ver el perfil de mi secuestrador. El pelo le caía en bucles negros rizados por la frente, danzando al son del viento que se colaba por la ventanilla entreabierta. Su tez morena la describió Homero evocando a Ulises. Su sonrisa, tan confiada como ilusionada, mirando al cielo, la trazó Dumas, narrando la salida de Edmond Dantés del castillo de If. Unas familiares gafas de sol de estilo aviador cubrían sus ojos.

De repente el extraño se acercó a mí, tanto que podía sentir su aliento cuando me dedicó unas palabras, todavía cercanas para mí:

— No sé cómo voy a agradecerte esto.

La claridad del día se reflejaba en el oscuro cristal de sus gafas.

El desconocido me coge y me levanta a la altura de su cara. Me aprieta cariñosamente con sus dos manos. Las gafas del desconocido parecen un espejo. Recuerdo mi nombre. Se refleja en el cristal:

Tomás Moro - Utopía



Isabel Motos Fernández

Los olvidos compartidos

Isabel Motos Fernández

Los olvidos compartidos

I.

Los muros que cobijan las ruinas

Cuando entraron en el piso, o quizás fuera un par de segundos antes de que el pie dejara atrás el felpudo y, sobre éste, toda la jovialidad, las risas y las bromas que habían impregnado la mayor parte de la velada, empezó el derrumbe habitual. Puede que incluso los primeros cascos comenzaran a caer sobre sus cabezas al introducir la llave en la cerradura, al empujarla un poco más de la cuenta, porque la puerta, al igual que ellos, también tenía truco. Con la primera vuelta, cayeron las sonrisas; con la

segunda, los esfuerzos por fingirlas. Cuando el mecanismo de seguridad hubo saltado, cuando la puerta se hizo a un lado y a él le bastó con poner un pie y tirar del llavero, dejarla pasar primero con la cortesía y el cariño de los años, se sintió tan estúpido que tuvo que cerrar los ojos y aguantarse las ganas de golpear algo, cualquier cosa, lo que fuera con tal de desplazar el centro de su dolor a los nudillos, al brazo, a... Dejó las llaves reposando en el taquillón de la entrada y se quitó el abrigo con la parsimonia que caracteriza las acciones que maquillan el miedo a enfrentarse a una situación que atemoriza. Lo colgó en la percha y, al mirar de largo el corredor, la figura de ella dobló la esquina tan rota, tan hecha pedazos, que supo que debía mantener la misma distancia que durante el trayecto de vuelta los había separado; la distancia de no saber si abrazarla o esperar a que ella se lo pidiera.

Entró en la habitación y se la encontró de espaldas, colgando el vestido negro que había lucido aquella noche en una percha de madera tan ajada como ahora estaban sus cabellos, las horquillas mal dispuestas y los mechones sueltos en extraña composición debido a las cantidades ingentes de laca con que horas antes había ro-

ciado su melena. No le fue difícil imaginar la violencia con la que habría deshecho el recogido, la furia con la que sus dedos habrían penetrado en aquel nido de pájaro herido y destrozado a su paso todo cuanto hubiera por delante. Le era tan sencilla esa imagen que la reconstruyó con una perfección asombrosa, casi sintiendo su propio dolor, sus ganas de estrellar el puño cerrado sobre la pared y magullarse los nudillos. La siguió contemplando desde el quicio, con la solemnidad que hubiera guardado ante cualquier altar sagrado de haber tenido una fe a la que arrojarse sin remordimientos. Le tenía tanta devoción por su fragilidad, por su belleza rota que, por un momento, se olvidó de todo y sintió el deseo de acostarse con ella esa noche, de repararle las heridas, de elevarla a una grandeza que nadie podría robarle, de hacerla eterna en ese instante en que la vida no pudiera dolerle. Pero ella se volvió. Se dio la vuelta y se la encontró embutida en aquel horrible pijama de franela, con el rostro surcado por dos torrentes negros que arrastraban más pasado que rímel y, de nuevo, se impuso entre ellos la distancia inexacta del abrazo que no se sabe si dar o esperar a que sea pedido. Se apartó, dejándola salir hacia el baño.

— Ésta no es distinta de otras noches —le dijo a media voz, sabiendo que lo escucharía de todos modos.

— Lo sé —y cerró la puerta sin brusquedad alguna, más en un gesto de privacidad que de enfado o rendición.

Se observó en el espejo, con las luces de los lados encendidas sobre el cristal pero con las principales apagadas, como si el lavabo fuera escenario y ella una pobre actriz caída en decadencia. Estaba fea, objetivamente fea, y aun así se gustó. Quizás porque en el dolor sabía encontrarse. Podía reconocer los trazos de su historia en el maquillaje corrido, en la opacidad de su pupila dilatada y los restos del llanto. Egoístamente, sabía manejarse en ese estar mal. Conocía los límites, las normas de circulación de esas vías, los atajos, la forma de provocarse conscientemente ese tormento. La mente es tan prodigiosa, solía murmurar, igual que murmuraba las frases que le hacían daño como una plegaria entre dientes y se las repetía una y otra vez, hasta tatuárselas a fuego, hasta que con sólo dar el comienzo, los primeros compases, su cuerpo reconocía el salmo, la melodía, y acudían a ella la humedad del lacrimal, el escalofrío que no sabía si empezaba en la

nuca o acababa allí, la punzada en el pecho y la sequedad invadiendo su garganta. Los años le habían hecho perfeccionar el sistema de su propia autodestrucción pero, viciado como todo lo demás, la mantenía con la vida que ella misma pretendía arrancarse de cuajo.

Abrió el grifo y dejó correr el agua un buen rato hasta que fue consciente de los números que, aunque no llegaran a apretar, sí que acechaban sus cuentas cada final de mes. Se lavó la cara y dos veces los dientes sin poder deshacerse del regusto amargo de su propio salivar. Hizo tiempo inútilmente, sentándose en el inodoro y contemplando aquella habitación como si fuera la primera vez que entrase, como si un plato de ducha, un par de toallas o un armarito blanco lleno de productos de aseo y tiritas pudieran tener algo de fascinante. Esperaba que, cuando saliera, él estuviera ya metido en la cama, con suerte dormido o, por lo menos, entretenido con alguna lectura. Necesitaba tanto su abrazo que no quería que se lo diera. Y no escondía tras de sí ninguna orgullosa reacción o una pretendida altivez, sino sólo un deseo de soledad tan grande que se expandía por la rejilla de la puerta, abarcaba las paredes del piso y contagiaba a aquel hombre que la esperaba al

filo de la cama, sentado con la mirada perdida en algún punto entre el rodapiés y el suelo, con los cordones desabrochados pero los zapatos aún puestos, con la corbata aflojada, pero la camisa sobre sus hombros. Cuánto amor en tanta farsa como la que ambos mantenían.

Su cabeza asomó por el dormitorio.

— Ven —le pidió alzando la vista y palmeando la superficie de la colcha justo a su lado.

Y ella sólo pudo dejarse vencer en su pecho, en el vano intento de esas manos por peinar la maraña de horquillas y laca, en los labios que tiernamente besaban cada pensamiento y detenían un poco la destrucción.

— ¿Quieres que volvamos a mudarnos?

— No, no —se incorporó para mirarle de frente-. Esta ciudad está bien. Me gusta. No nos conoce demasiada gente, no hay que dar muchas explicaciones, nadie nos cuestiona...

Se habían acostumbrado el uno al otro, y ésa era su gran baza, su ventaja contra el mundo al que tenían que hacer frente cada vez que salían de aquellas paredes, cada vez que volvían y el piso se les derrumbaba encima. Se habían acomodado a los quedos respirares mientras dormían, al gusto del café de las mañanas, a la vida compartida sin dificultades, a los gastos a

medias, a los viajes ocasionales y algunos fines de semana en la montaña. Se habían habituado, incluso, a las comidas familiares, a las fiestas de guardar, a los compañeros de trabajo, a las histerias repentinas, a las manías y a las debilidades, a los programas de cocina y los concursos de preguntas. Se habían amoldado tan perfectamente que nadie dudaba de la verdad de su amor, aun cuando ellos supieran que su amor no tenía una cabida más allá de los límites de esa costumbre y del cariño que, en cada latir, se mezclaba y confundía con la necesidad. Juntos eran una soledad compartida que pesaba menos, que aliviaba tanto... eran un animal de compañía para el otro.

— Mejor, creo que no habría soportado un cambio más —y, ya sí, se descalzó.

Nadie había apostado tanto por ellos como ellos mismos. Precisamente, tal vez, porque no habían necesitado hacer cábalas y cálculos, nada de probabilidades y estadísticas, simplemente estaban. Igual que verbos conjugados en pretérito imperfecto, en tercera del plural; eran, respiraban, existían. Y nada más. Los años compartidos se les escapaban casi con los dedos de las dos manos y el hastío hacía mella, como lo había hecho antes y como lo haría después.

— De todos modos —comenzó ella justo al ir a apagar la luz de la mesita de noche—, no puedo huir cada vez que alguien le nombre —suspiró y ante el silencio de su paciente interlocutor dio pie a su monólogo de tristeza y desesperación—. Que también es mala suerte, ¿eh?. Que digo yo que no puede ser que a tropecientos kilómetros de su casa, de su vida, de todo lo que... en fin, que manda cojones, de verdad. Ni que fuera el rey para que siempre haya alguien que le conozca.

— Madrid es un hervidero de gente, cielo.

— Sí, en eso tienes razón. Pero aquí sólo nos quemamos tú y yo.

Arrojados entre las sábanas, como tantas otras noches, se acomodó en su pecho, dejándose finalmente abrazar y, con los ojos abiertos, tendidos hacia el techo, como si acaso en aquel trozo blanco pudiera encontrar algún tipo de respuesta, una solución a su penar, comenzó su particular insomnio. Sabiendo, sin embargo, que, a su lado, él también era incapaz de conciliar el sueño.

— En realidad te envidio muchísimo —escupió con rabia una media hora después, cuando eran sus ojos, y no los de ella los que se anegaban de lágrimas—. Ojalá alguien pudiera

vapulearme con cualquier tontería sobre Rosa. Ojalá pudieran decirme que la vieron el fin de semana pasado. Incluso, ¿sabes?, incluso que me dijeran que se la acababan de tirar en el cuarto de baño de ese mismo bar o cualquier salvajada del estilo.

— Lo siento —dijo antes de besarle fugazmente los labios y las mejillas.

— No tienes que sentirlo, no es tu culpa.

— A veces tengo la impresión de que sí lo es.

— ¿Por qué? Ni siquiera la conociste.

— No, evidentemente no es culpa por... en fin, por lo que pasó. Pero sí me da la sensación de que me reprochas el que... —titubeó— bueno, el que me empecine en olvidar a Ernesto, el que me duela el saber de él, el que siga queriéndole aunque me pueda más odiarle o... yo qué sé. Ni siquiera sé si le quiero o si le odio, o si las dos cosas o ninguna.

La abrazó con fuerza, besándola en la sien y descendiendo por su cuello hasta llegar al hombro, retirando la parte de arriba del pijama para no dejar de sentir su piel temblorosa en los labios y continuar recorriendo su brazo, sus manos, la punta de sus dedos.

— Coge el cuaderno.

Otras noches, se habían salvado del abismo haciendo el amor. Pero para las peores sólo les quedaba eso, el cuaderno.

II.

Cuando la ginebra llevaba tu nombre

Los días en que la ginebra llevaba tu nombre fueron días raros, y demasiados; tantos que, a base de sumar sus horas y el paso del tiempo, se terminaron convirtiendo en casi dos años. Dos años de embriaguez que no tuvieron más propósito que el de ahogarte con el tintineo de los hielos, devolver tu figura al alcohol que impregnaba cada labio y cada beso que tu boca me descontaba. Y bebía sabiendo que no te iba a olvidar, con la esperanza de hacerlo quizás algún día, pero ya ves, sobria, son estas palabras las que gritan tu nombre, estos verbos los que te reclaman en su complemento indirecto, este sujeto, este yo que ya no es el yo de antes y que quizás nunca haya sido el yo de ahora, este sujeto te sigue buscando, necesitando para su predicado, como si esta torpe gramática pudiera dar cobijo a ese olvido, que más que olvido es pérdida, como perdido se siente uno ante un mapa en una ciudad desconocida. Así pretendía yo perderte, olvidarte, desconocerte

como si nunca antes hubiéramos coincidido en la vida.

Antes, las palabras hubieran salido como metrallas, sin dificultad alguna impulsadas por la rabia, por la ira o, tal vez, por ese dolor tan intrínseco como intenso en el que me deshacía cada día cuando te marchabas y el rumor de tus palabras, esa despedida entre dientes, no era capaz de arrojarme por las noches. Entonces yo pensaba que sí, claro. Y me subía el embozo del edredón en los meses más fríos hasta taparme la nariz, creando un microclima bajo las sábanas, un hediondo respirar viciado casi siempre por el regusto del último trago; ése que luego se paga con el arrepentimiento. Puede que quizás fuera la vergüenza la que me cubriera el rostro y no el recuerdo arrastrado de tu presencia. Qué fácil era escribir al compás de tus pasos, de mis copas, de cada cristal marcado por el carmín y de la promesa constante de dejar tantas cosas atrás que, al final, futuro y pasado se conjugaban con las mismas formas verbales, difuminándose, perdiendo sus límites del mismo modo que había dejado de ver yo los míos propios... Cruzar todas las fronteras fue, probablemente, lo que estuvo a punto de acabar con toda patria conocida, sin posibilidad alguna de exilio, sin borrones ni cuentas nuevas.

Las crucé todas, a pie, a nado, volando incluso, y, apátrida de mí, tú y yo seguíamos a la misma distancia. Siempre la mantuvimos, incluso cuando la ceniza caía sobre nuestros zapatos y el humo del desdén visitaba otros labios, la distancia fue exacta a lo largo de todos y cada uno de aquellos setecientos treinta y pico días en que los que fuiste horizonte. Daba igual lo que me acercara o me alejara; eras inalcanzable.

Pero no puedo reprocharte nada. Me refiero, no fue un juego de dos, no hubo reglas tácitas ni siquiera encuentros pactados, palabras precisas o búsquedas insaciables que terminasen en un abrazo o más allá del cortés intercambio de las preguntas de rigor que, aunque rutinarias y comunes, terminaron por convertirse en la consigna de los sentimientos que te profesaba. El santo y seña de cada breve instante que, por accidente, comenzamos a compartir a finales de septiembre; o puede que fueran los primeros días de octubre. Qué más da ya. Mejor la imprecisión de la memoria para que este olvido sea más certero, mejor dejar las cosas a medias tintas que empeñarse en rescatar la exactitud de aquellas idas y venidas que, como colegial cargando la mochila al peso, no hacen más que golpear la espalda, sacudirle el polvo al recuerdo. Y aun así algo sabías; tenías

la obligación de saberlo. No sé quién pudiera encañonarte, señalarte acusadoramente con el dedo, no lo sé, no consigo encontrar ante quién debieras rendir cuenta de tu conocimiento, porque saberlo, joder, saberlo... ¿Cómo ignorar la puntualidad mecánica con la que mi presencia te asaltaba y te pedía riendo la bolsa o la vida? ¿Cómo continuar achacando al azar las miradas y cada estrambótica justificación para las coincidencias que cada vez iban siendo más eso, coincidencias, que casualidades pretendidas? Quizás esas fueran las reglas del juego, fingir que no había juego alguno. Y seguir llenando la copa.

Sería injusto hablar en términos preocupantes del alcohol que resbalaba por mis comisuras, pero tampoco sería lícito negar su gravedad. Precisamente porque no me preocupaba, porque me divertía, porque era algo tan sencillo, cerrar los dedos, flexionar el codo y acercar la mano a los labios, se volvió peligroso. Se incorporó a mi vida sin ser consciente de ello, entre risas y bromas, hasta que un día, al preguntarme cómo, no supe dar respuesta al interrogante. Ese día fue tarde para muchas cosas, pero también fue el principio de otras tantas. No voy a engañar a nadie, ni mucho menos a ti o a mí, no supuso un comienzo glorioso, una nueva oportunidad, un folio en

blanco. Fue principio, sí, pero un principio que no podía prescindir de toda la destrucción con que había impregnado el prólogo. O, tal vez, bien visto, los días en que la ginebra llevaba tu nombre fueron todas las páginas de las que sólo, al final, pude salvar el epílogo.

III.

Descubrir en ella lo terrible de las ficciones

El hábito no hace el monje, pero qué bien me quedaban las heridas de la flagelación, los pies descalzos, el ejemplo bastardo con el que pretendía predicar, el alma perdida que fingía estar elevada, y aunque no pudiera llegar nunca a profesar ninguna fe o amor a cualquier divinidad, hasta yo conseguí creérmelo, tanto, tanto, tanto, que a día de hoy me cuesta distinguir esa delgada línea entre la apariencia y la realidad. Ni siquiera sé si en algún momento llegué a estar enamorado de verdad. Pocas veces en mi vida, menos de las que precisan los cinco dedos de la mano para contarse, pude tener esa pasmosa seguridad, ese aplomo y esa serenidad con la que se te llena la boca cuando sabes, cuando sientes, porque más que saber es sentir y, a la par, es un sentir tan aplastante que parece un conocimiento innegable; menos de ese

número son las veces que, con el paso del tiempo, de los años, de las copas y las heridas, he podido afirmar que estuve enamorado. Y ella, no sé si por suerte o por desgracia, probablemente fuera una mezcla de ambas, no se contaba ni con el pulgar, ni el meñique, ni el índice, ni el anular ni, mucho menos, con el corazón. Con ninguno de los dos. Quizás sí que tuve sentimientos muy fuertes, quizás quise enamorarme de ella, pero no llegué a conseguirlo del todo, o pudieron más las ganas que los hechos, hasta que las circunstancias se impusieron y las ganas se transformaron y no tuvieron más existencia que siendo, que dejando de ser ganas y volverse realidad. ¿Pero cuál es la realidad del amor? ¿Cómo de lícito es si viene dado porque ya no puede ser? ¿No es una contradicción? ¿Tiene sentido, posibilidad, más allá de esta retórica, de estas líneas torcidas, de la licencia poética de este dolor?

Cuando todo podía ser, cuando aún el reloj me daba la opción de ser el caballo ganador, aunque me asustara participar en la carrera, pero, ¿por qué no?. ¿Podía serlo!. ¿Claro que podía serlo!. ¿Y si en el último momento me atrevía, me echaba para adelante, me metía de lleno y...?. En realidad no, nunca fui tan valiente como me imaginé siéndolo, y en aquellos días mi meta era sólo un atisbo de

rutina. No pedía más que eso, no podía pedirlo porque ni siquiera me lo habría creído. Y, sin embargo, ahí estaba, era como la humedad que precede a la lágrima, como el suspiro profundo antes del bostezo o el modo en que los labios se separan justo cuando va a estallar la carcajada. Ahí, ahí era donde estábamos, donde aún no podíamos aferrarnos a nada, pero con todas las posibilidades para encontrar algo que llevarnos a las manos cuando estuviéramos cayendo, o cuando cayera sólo yo que era casi inevitable y, ya ves..., cuando todo lo demás fallara, cuando la improvisación nos rindiera culto por separado... como la simple constatación de que todo va bien, como quien espera las noticias de las nueve sólo para saber que nada urgente ha sucedido si no se atrasan ni se adelantan un minuto más de lo previsto. Eso éramos nosotros, si es que acaso pudiera hablar de ella en una primera persona del plural, un mero atisbo de rutina. O la conciencia de esa rutina que, aunque no sirviera para nada, era todo cuanto yo podía tener.

Pero qué terrible esa rutina, esa ficción de quererla, de intuir más allá del vaivén de sus faldas toda una vida. Era peor que enamorarse de un personaje de novela, porque al menos ahí la ficción es evidente, su única existencia entre las páginas,

los párrafos, la mente del autor y la del lector sin necesidad siquiera de coincidir en la imagen... Y yo la veía todos los días entrar por la puerta, saludar, intercambiar algunas palabras, salir a tomarnos algo. Yo la veía. Era tan real como el papel sobre el que escribo. Y era fácil, sencillo... era deseable enamorarse de ella. Siempre riendo, como si la vida no fuera una broma de mal gusto sino de verdad algo que beberse de un trago y pedir otra ronda... Y aquellos labios siempre pintados de rosa, de un rosa francamente horrible, pero que a ella le sentaba tan bien, tan natural, que quedaba eclipsado el color por el brillo de sus ojos, como si el mundo tuviera mucho que enseñarle y ella tanto tiempo por descubrirlo. ¿Cómo no iba a enamorarme de alguien así? Y cuando hablaba... cuando contaba cualquier minucia, sin darse aires de grandeza, sin pretender quedar por encima de nadie o hacerse eco de sus palabras. A veces eran cosas tan tontas, ¿te puedes creer que se me ha escapado el autobús en las narices? ¡Media hora esperando! Es que el tráfico, señor, es que cómo está el tráfico, ¡vergüenza debía darnos! Pero no..., y otras menos tontas, ¿y si al final no me cogen? ¿Y si me vuelven a decir que la edad, que...? ¿Qué posibilidades tengo yo que me acabo de sacar el bachiller por las noches...? Y la imperiosa necesi-

dad de aplacarle las arrugas de la preocupación... y no hice nada, nunca, nunca. Porque tampoco sabía de ella más que lo que quería saber. El resto me lo imaginaba, me lo suponía. Y a fuerza de querer quererla, supongo que llegué a quererla, porque si no, no me explico este dolor, este resquebrajamiento ante su ausencia, porque entre tanta ficción, la única realidad que me queda es esa, su ausencia. Y la maldita esquela. Su marido y sus hijos, su hermano y su madre viuda, todos llorándole en un cementerio, sobre una cama, una ropa prestada, fotos y recuerdos. Y yo derramando mis lágrimas sobre una esquela. Una puta esquela. Y sin el derecho de hacerlo, como si, de verdad, alguna vez nos hubiéramos amado. Como si ella me hubiera amado.

IV.

El mismo frío

A saber ahora cómo fue aquel primer encuentro entre ambos, probablemente en algún bar, en alguna fiesta, en cualquier sitio donde van a morir los corazones rotos, a estrellarse en copas y pláticas ebrias. A saber cómo fue que se encontraron, que supieron leerse en lo impreciso de los motivos que aún los mante-

nían vagando por una ciudad llena de perros callejeros y de humanos descompuestos, con la salvedad de que los primeros recibían más atenciones que los segundos. Pero el caso es que ese momento se produjo y los dos empezaron a hablar. Y puede que fuera en esa conversación, o tal vez en otra que viniera después, cuando ella, ¿o fue él?, dijo aquello del frío:

— Al final, creo que lo único que de verdad compartimos fue el mismo frío.

— Soy la piel que alguna vez tembló contigo el mismo frío —tarareó sonriendo la nostalgia por él, ¿o fue por ella?— Eso es de una canción.

— Sí, pero poca gente escucha a los cantautores. Así que puedo hacerla mía de vez en cuando.

— Lo peor es que ese frío sigue, ¿verdad?

— Y ya ni siquiera puedo compartirlo.

— ¿Crees que les olvidaremos?

— No.

— Yo tampoco.

Semanas después, en uno de aquellos largos paseos que daban sin ninguna dirección, sin ningún propósito más que la compañía del otro, a veces incluso sin hablarse durante horas, uno de los dos sacó un par de libretas negras. Tenían el tamaño de una cuartilla y una goma

custodiando las páginas rayadas. Abrió una de ellas y le tendió la respectiva a su acompañante.

— ¿Qué quieres que haga con esto?

— Esta mañana encontré una lista de la compra olvidada en un bolsillo. Era de ayer, me refiero, ¿cuánto había transcurrido? ¿Unas doce horas?, y al releerla, por curiosidad, ni siquiera recordaba haber apuntado la mitad de las cosas que había en esa lista.

— ¿Me has regalado una libreta para que vaya al supermercado?

— No, no me has entendido.

— ¿Entonces?

— Me di cuenta de que cuando escribo las cosas, las olvido. Quizás por eso las escribo, para no olvidarlas. Pero si las tengo por escrito puedo desentenderme tranquilamente porque sé que siempre puedo volver al papel y releerlas. Es más, también me di cuenta de que si las escribo y no vuelvo a releerlas, con el tiempo, termino por olvidarlas para siempre.

— Entiendo. ¿Qué haremos cuando las hayamos rellenado?

— Las quemaremos.

— ¿Por qué?

— Para no volver a releerlas nunca.

— Y hasta que se acaben, ¿podremos releerlas?

— No deberíamos, pero los dos sabemos que no somos tan fuertes. Siempre habrá un momento en que queramos arrojarnos al suicidio y, en fin, mejor que sea figurado. ¿Qué iba a hacer el otro si uno de los dos falta?

— Podríamos comprar más libretas. Piensa que cuando nos acostumbremos a vaciar nuestras miserias ahí va a ser difícil deshacerse de ese bálsamo.

— Lo sé, yo también lo he pensado. Pero eso sería jugar con trampas. Así nos obligaremos a ser más cuidadosos con lo que escribamos.

— ¿Vamos a seleccionar nuestro propio olvido?

— Algo así.

— Sabes que suena tan romántico como estúpido.

— Sí, pero también sabes ya qué va a ser lo primero que escribas esta noche al llegar a casa.

Los dos sonrieron. Esa tarde hacía un frío de mil demonios.



Juana Olmedo Cardenete

Segunda parte

Juana Olmedo Cardenete

Segunda parte

Despierto y abro los ojos de repente. Me ha parecido oír que llaman a la puerta. Son casi las diez. La habitación aún está en penumbra y mis ojos tardan en acostumbrarse a las sombras. Me encuentro en un extremo de la cama *king size* de la lujosa alcoba, he dormido profundamente. Tras tomar conciencia de mí misma, en este morir y resucitar diario, reinicio mi cerebro. Estoy en la *suite* del hotel y ayer fue nuestro aniversario, ya ha transcurrido un año desde aquel célebre baile...

No queda casi nada en el minibar. El Príncipe empezó a bromear con la espuma del cava que rebosaba de la copa, lamía el cristal y jadeaba

imitando a uno de sus galgos. Después bebimos *gin-tonic* con virutas de cardamomo. Yo intuí una gran noche de juegos eróticos y sensuales, sin embargo el Príncipe se quedó dormido, abatido finalmente por el whisky. Me dispuse a leer, había traído en la maleta algunos libros, revistas y suplementos dominicales. Encendí la lucecita de una lámpara encastrada en el cabezera de la cama, que parecía una luciérnaga. Abrí las páginas de una de las más conocidas novelas de Flaubert y comencé la lectura. De pronto pensé en Hans. No podía reconstruir con nitidez su rostro, pero recordé su silueta delante de la puerta y el cálido y breve roce de su mano. Imaginé que me besaba. Me abandoné a este pensamiento dejándome llevar por una sensación insólita y deliciosa que me hacía palpar la sangre con vehemencia. Un intenso rubor me encendió las mejillas y se me extendió a todo el cuerpo, turbándome y erizándome el vello, culminando en un irresistible impulso al que no podía, no quería negarme. Apagué la luz y me masturbé a oscuras, excitada por el tacto de la sábana sedosa y almidonada que evocaba la página de un libro.

Mientras, el Príncipe roncaba.

Son las diez.

Me deleito en la pereza, en el descuido y la tardanza de mis movimientos somnolientos, lentos y torpes, enmarañada en las revistas y periódicos atrapados en el embozo, en las páginas del libro que se han doblado bajo el peso de mi cuerpo.

Hago un recorrido visual y admiro el precioso dosel, la bóveda de tul transparente, las sábanas blancas de hilo, los almohadones de plumas de oca que me albergan y me ofrecen un confort inmenso. Todo me parece un lujo excesivo ¡Si mi madrastra y mis hermanas me vieran!

Echo un vistazo afuera, mientras el reloj de la plaza da las campanadas.

Algunos hombres toman un carajillo o un sol y sombra en las mesas del bar que se encuentra en los bajos del hotel con encanto en el que nos alojamos. Se escuchan rumores de conversaciones y chasquidos de cartas al barajearlas. Parece, no lo distingo muy bien, que juegan al cinquillo; otros se entretienen con el dominó y colocan la ficha sobre la mesa con un movimiento rudo y áspero, casi violento, que provoca un crujido seco al golpear con el marfil de la ficha el tablero. Otros más, apuestan a los dados. Cada jugada, a juzgar por su ímpetu y vehemencia, parece definitiva, destinada a

hacerse con el dominio del orbe. Recuerdo el famoso poema de Mallarmé:

“*Un coup*
de dés
jamais
n’abolira
le hasard”

Luego miro adentro, el reloj aún está terminando de dar las diez.

Traen el desayuno a la habitación en una bandeja ¿de plata? tan resplandeciente que un destello me hiere la retina. Un olor a café inunda la mañana. Hay dos tazas y una cesta de *petisús* de caramelo y piezas de bollería liliputienses. Está claro que esto es un cuento.

Oigo el rugido de la cisterna del cuarto de baño. El Príncipe aparece en calzoncillos, descorre el estor completamente y por la ventana entra un sol implacable. Me da un beso efímero que sabe a alcohol y a pasta de dientes. A pesar del contraluz, advierto una expresión intranquila en su rostro:

— Estoy preocupado por los perros. — Querida, empieza a recoger tus libros, hay que dejar la habitación antes de las doce ¿Otra vez leyendo? El Príncipe muestra cierto desdén por todo ese entramado de sucesos y personajes

imaginarios dispersos por la cama. La literatura es una falacia— añade.

Le digo que por eso mismo es mi evasión, el aire que respiro. Los libros constituyen piezas del puzle de mi vida, piedrecitas o migas de pan como las que esparce Pulgarcito para encontrar el camino.

El Príncipe no me presta atención. Mientras bebe su café distraídamente, recoge mis vestidos livianos, mis medias de seda, mi ropa interior que dobla cuidadosamente, mi calzado. Le encantan esos zapatos de cristal, tan pulcros, tan delicados y frágiles.

— Pues a mí me hacen sentirme insegura...

— No hay que contradecir el ritmo causal de las cosas —dice— si no fuera por el zapato de cristal nunca nos habiéramos conocido. Este pequeño zapato es como un objeto mágico.

El Príncipe no es consciente de que el asunto que nos atañe a él y a mí, nuestra vida en común, verdaderamente tiene su origen en unas cuantas páginas escritas. Un libro sí es un verdadero objeto mágico.

Yo no contesto, sé que está preocupado por sus galgos de caza que llevan varios días encerrados en las perreras sin hacer ejercicio, nerviosos. Él está pensando en su próxima cacería.

Organizo mis revistas, mis cuadernos, mis anotaciones. Como hoy no me encuentro animosa no le cuento que la semana pasada me caí del columpio del árbol del jardín, rodé por la hojarasca y me manché de barro. Me adentré en el bosque y bajé a bañarme al lago para enjuagarme el pelo. Me desnudé y me sumergí en el agua. Sentí que los pulmones se detenían, la dureza del frío me adormeció el cuerpo. Al salir, me sorprendió Hans mirándome desde la orilla. Me ayudó a salir del agua y a vestirme. Se disculpó, no quería entrometerse, temía que me ocurriera algo malo.

No tengo ganas de volver a Palacio. Desearía quedarme leyendo mil y una noches sin dormir, al lado de la chimenea de esta habitación. Después de todo la lumbre, las ascuas, el fuego es un hogar que conozco bien. Parece mentira, pero a veces echo de menos mi anterior vida. Mi madrastra y hermanastras tenían un estatus social en el que yo no participaba, así que disfrutaba la casa para mí sola. Aunque no me gustaba la soledad, a causa de mi carácter cobarde y miedoso, agradecía los ruidos banales cotidianos como el del vapor de la olla a presión cociendo los guisos que preparaba para mi madrastra y hermanastras; recuerdo el sonido de

sus tacones avanzando por el pasillo trayendo y llevando los platos, el abrir y cerrar de la puerta, el crujido de los muebles, los portazos que me sobresaltaban, sobre todo de noche. Siempre pensaba que alguien acababa de entrar. Por eso metódicamente, antes de acostarme, revisaba con cuidado todas las puertas y ventanas procurando quedasen cerradas. Si a pesar de ello oía algún retumbo, cualquier ruido extraño, me levantaba y registraba la casa con la mano del almirez fuertemente asida, mirando incluso debajo de las camas, en busca de un ladrón que luego resultaba ser invisible, inexistente. Añoro el murmullo de conversaciones y risas, aunque, la verdad sea dicha, no solían platicar mucho mi madrastra y hermanastras conmigo, a no ser para discutir.

Me gustaba sentarme frente a la ventana del balcón principal, cuando no estaban ellas. Allí podía leer con buena luz, contemplar el ir y venir de la gente y de los escasos vehículos que circulaban por la calle. Escuchaba los gritos destemplados de los niños jugando, el ladrido lejano de los perros, las voces apagadas de los hombres en sus interminables tertulias en el café.

El Palacio es frío y el tiempo allí tedioso y lento. Estoy sola, aislada y llevo una vida retirada.

Me sobran más de la mitad de sus interminables pasillos, con sus baldosas abombadas y despegadas por la humedad, que repiquetean bajo los pasos como las teclas de un viejo y desafinado piano, y sus —no recordaba cuántas— habitaciones y estancias de techos muy altos, llenas de muebles antiguos, algunos de otro siglo, heredados de varias generaciones de parientes de una y otra rama que desprenden olor a rancio; cuadros de motivos religiosos adornan los gruesos muros, casi todos en colores oscuros y tonos lúgubres que me dan miedo. La imagen de “la Cara de Dios o el Santo Rostro” colgada en el que fue dormitorio de la bisabuela del Príncipe, parece dispuesta a desplegar su ira contra mí; espejos y anacrónicas cornucopias con el pan de oro de sus barrocos marcos desconchados multiplican los espacios vacíos y deshabitados, acentuando su aspecto lóbrego y tenebroso. Los sótanos —que hasta ahora no me he atrevido a explorar— probablemente están llenos de ratas y telarañas. Desde lo alto del palomar se ve el tejado soportado por las vigas de madera que también sujetan la estructura, algunas roídas por la carcoma. Al final de la escalera, desde el torreón se divisan unas excepcionales vistas de la comarca a través de sus doce ventanas en forma de almena.

El lujo es una hechura que me viene grande. No me gustan los zapatos de cristal, ni las carrozas, ni los bailes de salón repletos de damas de ajustados corsés. Tampoco me entusiasman las historias de princesas bisoñas que dependen de un beso para descubrir el sentido de su vida o despertar de un letargo existencial. No estoy segura de haber obrado bien perdonando a mi madrastra y hermanastras, despreciables y mezquinas; no les deseo ningún mal, pero quiero que se vayan lejos. Sin embargo el cuento me obliga a una bondad y grandeza de corazón inexpugnables.

Echo de menos a Padre relatándome sus aventuras cuando regresaba de sus viajes, sentado en el filo de mi cama, antes de dormirme. Me gustaba sentir su mano en la mía. Algunos sucesos eran inventados y exagerados para aumentar mi emoción y sorpresa. A pesar del tiempo que lleva muerto, aún hay veces que sueño con él. Deseo por un instante que aparezca a mi lado (versión edípica de mi hada madrina), alguien a quien hablarle con franqueza, que me oriente ante la duda y las contradicciones que me acechan. No me explico cómo aquel día permitió que sucedieran los hechos de aquella forma. El episodio de la carroza, los caballos y

el cochero, el vestido, los zapatos de cristal, el baile y todo lo demás. Se dieron cita un cúmulo de accidentes de tiempo, lugar y modo, que unidos a la sustancia de algún hecho imprevisto, me arrastraron, me envolvieron en un guión que debí representar precipitadamente y sin convicción. Salir del paso, escapar de una situación agobiante e insatisfactoria. A veces las circunstancias constituyen una fuerza desconocida y poderosa, obrando irresistiblemente como si fueran dioses, sobre los hombres y los sucesos, produciendo su encadenamiento fatal o feliz. Supongo que Padre quiso ponerme a salvo, me encontraba en una situación límite, se trataba de evitar un mal mayor, un desenlace como el de *La cerillera*.

Recuerdo mi llegada a Palacio. Me sentí desamparada, abrumada, mientras el Príncipe me mostraba estancia tras estancia, con voluntad de agradar. Como él notó mi exasperación, me propuso descansar y continuar en otro momento.

Al día siguiente, el Príncipe partió de cacería y me invitó a que explorara el resto del Palacio, el jardín y la biblioteca, allí podría encontrar material para entretenerme. Hans, el jardinero, me acompañaría.

No sabía por dónde comenzar. Estaba algo desorientada. Primero iría a ver algunos libros, después el jardín y el invernadero.

Comencé con un estante de ejemplares encuadernados en forma vistosa, con grandes letras doradas y combinaciones de colores horrendas en las pastas, de alguna edición destinada a adornar las estanterías (probablemente malas traducciones de obras), ya que ocupan buen espacio y por lo general no son leídos nunca. Eran idénticos a los que mi madrastra tenía en el mueble castellano del comedor. En efecto, ni ella ni mis hermanastras los han tocado siquiera, solo yo misma para leerlos y quitarles el polvo.

En la reducida familia del Príncipe, según el relato de Hans, nadie había sido muy aficionado a la lectura, y él, que lo había sido hacía mucho tiempo, perdió paulatinamente el interés por ella en favor de la caza. Fue acumulando libros procedentes de unos y otros parientes, amigos, algún legado, una donación. Se había limitado a colocarlos en los anaqueles de cualquier manera y sin criterio.

Pasé a otra colección de color azul fuerte con el lomo plateado, muy llamativo, con el título de *Antología de Novelas de Anticipación*. Otra colección, con el dorso en negro y burdeos, colores

muy apropiados para *Los mejores crímenes de la Literatura Universal*. Al lado, tres tomos en un discreto gris con letras negras, ¡Ortega y Gasset! Sonreí al reconocer este nombre que me hizo recordar a Padre, él lo admiraba y había leído algunas de sus obras. Extraje el tomo primero del estante y comencé a ojearlo. Se trataba de una recopilación de artículos periodísticos, publicados en 1929 en *El Imparcial*, donde colaboraba este insigne ensayista del que sólo recordaba que era el autor de la célebre frase “Yo soy yo y mi circunstancia”. ¡Cuánta razón llevaba! Tras leer atentamente varias páginas, deduje que Ortega y Gasset tenía una pésima opinión de la España de entonces, agobiada con los problemas políticos de la época. Me pregunté qué diría de la actual. Tampoco se salvaban de su brillante pluma crítica los españoles, cuyo carácter e idiosincrasia censuraba brillantemente, con una aguda y sutil ironía. Leí un párrafo que no hablaba de política y me llamó especialmente la atención, decía así:

“Conforme va viviendo el hombre, múdanse sus pensamientos, quiébranse sus proyectos, entran otros en su lugar, llegan y pasan bramando las pasiones, trastócanse mil veces las ambiciones,

mueren los amigos y hermanos, sobreviven otros, todo se estremece y oscila, se renueva y cambia. En tanto una sola realidad permanece, una sola cosa esta sentada a nuestro lado tácitamente, y si caminamos hace vía con nosotros: el deber, pardo, vulgar personaje sin historia. ¿Qué deber? ¿Ese bello deber de conquistar un reino, de fundar una religión, de decir una verdad atrevida? No, se trata del deber anónimo, el de ese instante que está frente a nosotros y el de todos los instantes. Es ese deber sin flores y de frutos invisibles, ese deber hospiciano que forma el más hondo sedimento sobre el que se apoya todo el esplendor de la vida social.”

Me detuve. No terminé de ver a qué se refería el texto que acababa de leer, pero esa obligación descrita tan certeramente me resultó familiar. Había experimentado esa emoción profunda y honda muchas veces, sobre todo en momentos en los que hacía recapitulación de mi vida. En ese instante lo supe, allí estaban las palabras justas formuladas hacía casi un siglo en aquel libro. Este párrafo antiguo, de otro tiempo, me consoló en parte de mi melancolía y fue algo extraordinario, reconfortante pensar que no estaba sola, sentir que yo formaba parte

del desasosiego, de la aflicción general de la humanidad.

A veces es preciso darle nombres a las cosas para darse cuenta de ellas cabalmente.

Como si el texto adivinara mis pensamientos, proseguí:

“La vida, es ante todo una faena de domesticación y de poda de ilusiones; pero por ello es preciso entrar en ella con pasto abundante en que se cebe, como es preciso entrar rollizo en casi todas las enfermedades para que algo sobrequede a la postre.”

Continué. Me sorprendió encontrar algunos libros de Derecho, tres grandes tomos cuyo título: *Análisis e Interpretación del artículo 41 de la Ley Hipotecaria*, resultaban extraños en esta biblioteca. Según me contó Hans, el Príncipe, en una época anterior de su vida, preparó unas duras oposiciones de las que finalmente desistió.

En el estante central, unos enormes volúmenes del *Gran Diccionario de la Lengua Española*. Algo imaginaba yo acerca de la importancia de las palabras. Los nombres, los adjetivos, los verbos, las figuras retóricas, la metáfora, el oxímoron, la alegoría... Conceptos tan importantes como

la Langue, la Parole, los fonemas, los sonidos suaves de algunas palabras me fascinaban (“bajo el ala aleve del leve abanico”...), el significante, su correspondencia con el significado, la forma, el contenido, el ritmo, la métrica...

Mi propio nombre que aludía a la ceniza, tenía varios significados: una planta, la mala suerte, una persona aguafiestas, los restos del polvo de la combustión. El lenguaje es un invento extraordinario, crea el mundo. La etimología de cada palabra arrastra tras de sí una cultura milenaria, una enorme y significativa tradición, una transformación. Por eso, decía Padre, es tan triste la muerte de una Lengua, supone la pérdida, la extinción irre recuperable de unos modelos esenciales que han definido una cultura valiosa, una sociedad.

Aparte de las colecciones, que me resultaban muy llamativas, también se encontraban libros sueltos de parapsicología y ciencias ocultas, de interpretación de los sueños, materia que siempre me había atraído especialmente pero a la que consideraba con un cierto recelo. Pude también ver libros de grafología, destacaba uno, un poco antiguo, titulado: *Lo que revela la escritura*. No dejaba de sorprenderme que se pudiera adivinar el carácter de una persona a través tan sólo de

unas pocas líneas escritas de su puño y letra, con un lujo de detalles asombroso. Podían descubrirse a través de ciertas cualidades gráficas de las letras, como la inclinación, la separación, abertura de vocales, largura de las líneas de las *pes*, *eles*, *tes*, etc., patologías o enfermedades, incluso podía sospecharse la tendencia de una persona a delinquir.

La firma era muy importante y sobre todo la rúbrica, constituía un elemento imprescindible: si rodeaba con ella el nombre, envolviéndolo, era muestra de un carácter tímido y cerrado —yo me reconocía— si consistía en una línea que lo subrayaba entero, manifestaba un carácter fuerte y dominante...

Me detuve en un comentario grafológico que me pareció curioso, realizado por un experto, un estudioso que había examinado firmas de personas famosas; artistas, escritores, toreros, ilustres políticos. En este caso se trataba del análisis un párrafo manuscrito por ¡Oh! ¡mi Príncipe! En él relataba, con una cuidada caligrafía de trazos redondos y aniñados, que era joven, había estado enfermo, pero por fortuna ya estaba repuesto. Lo ayudó en su convalecencia el reposo, los paseos al aire libre y la lectura de algunos libros. Su cuento infantil predilecto

era *La Cenicienta*. Descubrir esta circunstancia de mi Príncipe me conmovió, me causó un requebro que me ensanchó el alma.

El estudio en cuestión decía lo siguiente:

“Tu grafismo revela una personalidad bastante compleja y contradictoria en algunos aspectos. Voluntad muy firme, en cuanto a los fines que te propones, pero no en los medios para alcanzarlos, lo que te hará cambiar muchas veces de opinión.

Inteligencia muy clara, aunque no excesivamente cultivada. Espíritu deductivo y lógico muy práctico. Sentido del humor y complacencia en decir lo contrario de lo que estás pensando y sintiendo, por pura ironía y diversión, no con ningún fin malicioso. Emotividad en raras ocasiones, y por motivos poderosos.

Espíritu de acción, más que propiamente especulativo, aunque tienes bastante imaginación.

Modestia y sencillez, aunque también —lo siguiente aparecía subrayado— gusto o deseos de una vida fastuosa y brillante.

Reserva. Rachas de depresión, pesimismo e irritabilidad.

Ingenuidad, generosidad.

Capacidad de adaptación y hasta de olvido, en cosas que no son totalmente decisivas para ti.

Rasgos muy aislados y espaciados de timidez. Infravaloración de tus cualidades y aptitudes. Curiosidad por lo desconocido y por querer saber hacerlo todo, lo que muchas veces consigues.

Ausencia temperamental de interés por temas artísticos. En resumen: un espíritu varonil frenado por otro en ocasiones, emotivo y tímido, muy equilibrado.

Así fue como el Príncipe y yo, sin saber apenas nada de nuestras vidas, tuvimos un conocimiento más profundo el uno del otro.

El Príncipe termina de afeitarse y me llama desde la ducha. Interrumpo el hilo de mi evocación. Veo a Padre (mi hado) en una especie de ensueño impreciso y un poco impresionista. Hoy lo noto diferente, el gesto ligeramente endurecido. Pensará quizás que voy a hacerle algún reproche. Se dirige a mí, aunque no estoy segura de tener una alucinación. Se sienta en el filo de la cama y me coge la mano, como antaño. Le trasmito a través de una especie de telepatía o flujo de consciencia, que no quiero vivir la vida de nadie, sino la mía propia. Deseo encontrar un camino interesante y provechoso, una historia que me enganche con fuerza, vivir las cosas en profundidad, sin esa indeterminación de ánimo eterna.

También le hablo de mi extraña y singular percepción del tiempo, de mi obsesión por aprovechar la ocasión, el suceso. La sensación de estar aquí y no estar, habitar en este y en otro lugar simultáneamente. A veces soy incapaz de distinguir el tiempo real del ficticio, el tiempo de la oportunidad perdida, de la otra opción, la alternativa.

El ensueño se desvanece cuando el Príncipe me llama con premura desde el cuarto de baño. Está desnudo. Me hace inclinarme sobre el lavabo y apoya mi cara suavemente contra el mármol. Me alza el camisón hasta la cintura y me penetra por detrás con urgencia, en un coito frenético que no me agrada porque en esta postura es imposible el beso. Él se mira en el espejo mientras me embiste. Se aferra a mí como a un árbol, a un referente, una suave corteza.

Mientras, comienzan a dar las once en el reloj de la Plaza y, como siento molestia, casi daño en esa precipitación inopinada, fuerzo al Príncipe a moverse un poco más despacio en ese encabalgamiento abrupto, violento. Lo obligo a adaptarse a mi contorno. Acompasamos imperceptiblemente los movimientos de nuestras caderas al tañido de las campanas.

A estas horas, allá en Palacio, el jardinero cortará las rosas, como de costumbre. Las recogerá en un ramo y las llevará al gabinete, donde, si yo estuviera, percibiría su delicada fragancia. ¿Desplegarán su belleza allí donde no hay nadie para observarlas?

¿Existe realmente aquel tiempo?

En una hora más o menos, antes de que sean las doce, dejaremos definitivamente la habitación. Depositaremos las maletas en la recepción para dar una última vuelta por la ciudad, intentando apurar los instantes, algunos minutos, un último café mientras se aproxima el coche que nos retornará a Palacio. Pasearemos por los puestos de la Feria del libro de esta ciudad pequeña (he convencido al Príncipe). Uno de mis escritores admirados estará firmando su nueva novela, una historia de amor, apasionante según la crítica, que estoy segura de que me conmoverá. Será una historia no exenta de amargura, porque el amor feliz no merece fábula, sólo el amor amenazado por la propia vida.

Las campanas marcan las doce, hora de abandonar esta historia para dejar paso a otras, otros personajes van a ocupar este espacio, esta habitación, un tiempo futuro. Desalojamos la alcoba precipitadamente. El chófer espera en la

puerta. El Príncipe me dice algo, algún reproche del equipaje, de los libros, de mis líos de papeles. Aunque no le presto mucha atención, percibo algo en su olor, una pequeña inflexión en su modo de hablar, que me hacen suponer el principio del fin.

Regresamos a casa, el espejo retrovisor muestra lo que dejamos atrás. El futuro se divisa confuso en la perspectiva cónica del camino. Emociones, recuerdos, sueños y deseos se confunden. A veces no podemos distinguir en qué parte de la frontera nos encontramos porque todo conforma un mecanismo que sirve para enfrentarnos al paso del tiempo, esa magnitud que tiraniza los sucesos, que establece la diferencia entre pasado, presente y futuro, aunque sé que es posible abarcarlo todo a la vez. El propio tiempo está compuesto del espacio y de la historia, que nos contiene.

Amanece de nuevo, el futuro ya es hoy. El Príncipe parte de caza, necesita el contacto con la naturaleza. Sus elegantes e inquietos galgos de colas largas y alegres se enredan en sus piernas y aguzan las orejas a la más leve orden mientras lo observan con devoción.

Servirán una comida frugal en el campo, bajo alguna tienda de campaña, por si llueve: consomé y perdiz en escabeche.

Yo ando distraída, con una especie de mareo o de vértigo liviano que me adormece. Siento mi vida tenue y sin artificio, como un reflejo en el cristal. Oigo retazos de conversaciones, creo adivinar pasiones bajo miradas, me imagino historias que no acierto a comprender, de las que no atisbo el final. Veo pasar páginas de un libro velozmente, como el transcurso de los días. Me afano en mi lectura, en la contemplación del jardín, en contestar la correspondencia que se agolpa en el escritorio. He decidido dar una fiesta para complacer al Príncipe. Invitaré a mis hermanas, él las ha perdonado. Es encomiable su natural inclinación a la bondad y a la ternura.

Noto a mis espaldas una capa de aire que se mueve, envolviéndome en un olor dulce que casi puedo saborear y me produce una sensación agradable, conocida, de reencuentro. Reconozco a Hans, que trae las rosas.

Son casi las doce.

Es ahora el tiempo donde me afano inútilmente en una tarea infructuosa, porque estoy más pendiente del hombre que arrastra los átomos de aire perfumados. *Madame Bovary* yace abierta, evidente y manifiesta sobre el velador. No puedo abordar su lectura. Hans mira

el libro un instante, acaricia con los dedos la lisura de algunas páginas. Por un momento se adentra en otra dimensión. Yo sonrío mientras él avanza y me entrega el ramo para colocarlo en el jarrón. En el intercambio nos demoramos en el roce de nuestras manos.

Aunque no digo nada, en este instante yo anhelo de nuevo ese beso, un choque de cuerpos jamás narrado que pueda expresarse en palabras rotas, palabras quebradas, palabras de una sílaba. En mi imaginación Hans se aproxima infinitamente, inclina la cabeza hacia mí e introduce su lengua en mis labios entreabiertos. Pero no puedo adivinar su sabor ni expresar ese contacto, porque será una como una palabra nueva.

El beso no es un final, solo un comienzo afortunado.

Los sueños, los deseos, son relatos imaginarios en un tiempo ficticio con los que damos sentido al mundo y a nuestra vida. Son historias posibles. Algunas no tienen final, abandonadas a su suerte, quedan inconclusas, como ilusiones desgarradas; siempre han existido las “historias de nunca acabar”. Otras, parecen no tener trama ni argumento, pero existen y perviven porque son como la propia existencia.

Yo aspiro con vehemencia a poseer la vida, el deseo, el conocimiento, una especie de hechizo, un instante que abarque todo el tiempo.

Las campanas del reloj terminan de dar las doce.

Hans está ahí, delante de mí, mientras el tiempo avanza.



José María Pérez-Muelas Alcázar

Poemas con humo

José María Pérez-Muelas Alcázar

Poemas con humo

A Marcos García de Teresa

En lo alto de la pirámide los muchachos fuman marihuana,
suenan guitarras roncadas.
¿Qué yerba, qué agua de vida ha de darnos la vida,
donde desenterrar la palabra,
la proporción que rige al himno y al discurso,
al baile, a la ciudad y a la balanza?

Octavio Paz

Con sinceridad, mi vida consistía en dar por culo a la gente. Y de esta forma, las cosas acabaron muy mal. Trabajaba (y trabajar es una extensión de dar por culo) en una centralita de llamadas, eso que los modernos llaman “call center”. Me pasaba las mañanas sentado, delante

de un ordenador, con estadísticas absurdas que variaban dependiendo de la fiebre amarilla en la India, y que a mí me parecían una manera grotesca de jugar con el sentimiento humano, la tragedia de la muerte. Pero eso es algo demasiado profundo. En realidad era un miembro recién llegado de una empresa de telefonía, que explotaba a sus trabajadores y a sus clientes a partes iguales, solo que los clientes se dejaban estafar por mujeres bonitas que aparecían en carteles publicitarios, y los trabajadores, en fin, siempre han vivido puteados.

Por eso a menudo pensaba que tenía un trabajo a mi medida. Pero no quiere decir que me gustara. Simplemente un trabajo confeccionado por algún dios de mal genio que puso mi escaso curriculum ante los ojos de mi jefe. Bueno, del que era mi jefe, porque todo acabó muy mal.

En líneas generales, yo era un español al que le habían jodido la vida en su país, a causa del paro, la corrupción, y una preciosa chica de la que me había enamorado perdidamente en la facultad, y que me había obligado a exiliarme “sentimentalmente” de aquel mundo perfecto en el que parecía vivir: dos años a su lado, noches frenéticas bajo la luna árabe, conversaciones que duraban horas mirándonos a los

lejos, vasos de limonada envueltos en caricias y besos en el cuello, y al final, una carta oscura y de difícil redacción donde se me comunicaba que lo nuestro no tenía sentido, que era todo una mentira. Al menos, me dejó un billete de diez euros para poder llegar a la estación en un taxi (yo aún, por aquellos tiempos, vivía con ella en su piso).

Así que esas fuerzas me empujaron a venir a París. Un inmigrante más en París, como la mayoría de personas que transitan la ciudad, que la respiran, que la escupen y que la aman, en un envoltorio de comida rápida o en un titular de periódico. Yo era uno más, y la aclimatación no fue difícil. Pero lo duro vino después, con el frío, el recrudescimiento de los horarios, y los colapsos en el metro, siempre con los avisos de las bombas por estallar.

Arrendé un apartamento pequeño. Y dentro de ese término existen diversas acepciones. Lo cierto es que he visto pisos más chicos que el que yo estaba por ocupar. Al menos este tenía la ducha dentro de la cámara. Para ir al baño, era necesario salir al pasillo y esperar que no estuviera ocupado por algún vecino de turno. El viejito de arriba se pasaba las horas muertas en ese trono común. El muy cabrón disfrutaba

viniendo a cagar en nuestro precioso baño. Se llevaba revistas, libros y todo tipo de segmentos horizontales donde poder leer. Incluso se ponía a fumar. Al menos, pensaba yo, el humo mataba los olores.

Tenía el apartamento en la rue de l'Echiquier, muy cerca de Strasbourg-Saint Denis. El barrio estaba lleno de senegaleses, hindúes, cingaleses, pero mis preferidos eran los kurdos. Había un restaurante muy pequeño pero limpio, al lado justo de mi casa, donde hacían unas ensaladas kurdas maravillosas. Nunca he probado un plato igual, y el precio era bastante razonable.

Mi barrio era muy vivo. Me sentía contento de poder formar parte de una comunidad tan dispar. El problema era que cuando caía la noche la situación se volvía bastante turbia. A pocos metros, unos hombres se juntaban en corro y guardaban silencio. Tú pasabas por ahí y no te decían nada. Ni siquiera se inmutaban. No te abrían espacio. Como si tuvieras que atravesarlos o fueran transparentes. Luego, con el paso de los meses, descubrí que vendían droga. Nada serio, solamente un poco de marihuana, algo de hachís, y muy de cuando en cuando un poco de cocaína. Antes de la llegada del frío, alguna vez fui a comprarles unos porros, pero

algún sabio amigo, experto en estas mañas, me recomendó que nunca comprara la tela en un lugar próximo a mi casa, que podían tenerme controlado. Dicho y hecho. Mi consumo de marihuana disminuyó en ese mismo momento.

Pero todo esto fue mucho antes de que me jodieran. Cuando yo era un chico responsable y bueno, lleno de esperanzas y ganas de comerme el mundo. Me inscribí en la Sorbona para hacer un Máster de Estudios Hispanoamericanos. Resultaba llamativo, como observó la secretaria, una señora gorda, francesa, que medio chapurreaba el español, casada con un joven ecuatoriano, que un español imperialista y colonialista estudiara la cultura de los pobres y sacrificados sudamericanos, aunque creo que utilizó el término “sudaca”. Yo hice caso omiso. Estaba radiante con mi futuro nuevo título de maestro en la Sorbona, París IV, e iba a tener la oportunidad de estudiar a autores consagrados en todos los Olimpos del panorama literario universal.

El primer día de clase descubrí que éramos solamente tres alumnos. El resto eran puras chicas. Un aula pequeña donde debíamos caber cincuenta personas y donde las hormonas saltaban de mesa en mesa como si fueran un

conejo que corre para salvarse de las tijeras de algún león. Pero los días transcurrieron normales. Gay-Lussac, calle de antiguas barricadas, se llenaba de jovencitas que cruzaban la acera sin mirar y yo esperaba sentado en las escaleras del portón el cambio de los semáforos, por si caía alguna mirada, aunque fuera por error.

Poco tiempo me bastó para comprobar que mis dos compañeros, ambos franceses, eran homosexuales, hecho que mis compañeras valoraban mucho más que un simple heterosexual rodeado de cuerpos femeninos. Aunque al poco tiempo, y gracias a una primera exclusión social que sufrí por parte del sexo opuesto, conocí a Francisca. Era chilena, y la primera cosa que vi en ella diferente al resto fue la intensidad de sus ojos. Los tenía ligeramente torcidos hacia el frente, algo así como una brújula mal radiada, pero con un color azabache que los llenaba de intensidad. Yo me imaginaba que le habían llenado los ojos de petróleo o de algún tipo de mineral primitivo, porque aquellos ojos se escapaban de cualquier química existente. Eran las pupilas de los trópicos, pensaba yo al mirarla.

Pronto nos hicimos amigos. Quedábamos después de las clases para tomar café, hablar de nuestras vidas no parisinas, y recomen-

darnos las últimas novedades de la literatura hispanoamericana. Ella llevaba cinco años viviendo en Francia, en una serie de periplos que más tarde supe. Primero se vino con una beca que daba el ministerio chileno, a estudiar el idioma y la cultura. Después se enamoró de un tipo mayor que ella, unos diez años o algo así. Salieron una temporada juntos pero la cosa no funcionó. Ella apenas tenía 19 años cuando el tipo le propuso irse a vivir juntos. Ella agarró las maletas y se fue sin decir nada. Qué cabrona, tuvo que pensar el viejo. Después vivió una temporada en Marsella, en casa de un argelino con el que tuvo una extraña relación en la que ella no quiso especificar si desbordaban los límites de lo sexual. Tras otro año trabajando como cuidadora de niños, decidió trasladarse a París y empezar una nueva vida, haciendo un Máster en el que estaba metida no por pasión, sino por aburrimiento y algo de azar. Yo pensé en la realidad de mi pasión y mi inquietud, y lo que yo quería hacer realmente era leer y escribir. Escribir mal, tal vez, porque el fracaso siempre está al otro lado de la puerta, en la línea de abajo, pero al fin y al cabo escribir. Me llenó de inquietud aquella chica, en las primeras semanas en que nos

conocimos. Luego supe que tenía novio y la cosa se complicó un poco.

En el tercer mes de mi estancia en París encontré trabajo. La famosa centralita de teléfonos, donde pasé un año pudriéndome la vida, llamando a hogares felices y bien estructurados a las dos de la tarde, hora francesa, para venderles una mentira que ni yo mismo podía sostener. De ahí que muchas veces, cuando algún amigo me preguntaba por mi verdadera profesión, yo respondía con el orgullo de un guepardo, soy vendedor de mentiras y de mierda.

Mis horarios no eran tan malos, pero el hecho de madrugar me tenía trastornado. Me levantaba a las siete de la mañana. Me metía debajo de la ducha, aunque estuviera fría, y tras cinco minutos, salía disparado a hacerme un café. Después me sentaba tranquilamente y leía un poco. Me fumaba un cigarro e intentaba escribir un poema. Cuando el primer verso aparecía en el papel, el reloj me avisaba de que me tenía que ir al trabajo. Y ya la historia de cómo ir en metro en hora punta se dejará para otra ocasión más liviana.

En la oficina, los compañeros eran todos extranjeros. Alemanes, coreanos, suecos y árabes. Pero con una distinción de sexo. Para variar,

yo era el único hombre, y todo el resto de la plantilla eran chicas jóvenes que habían soñado siempre con vivir en París y costearse un piso en Opera. Por lo demás, mi relación con el jefe era correcta. Lo saludaba al llegar y él me daba un golpe en la espalda, diciéndome el último resultado del PSG, equipo de futbol que yo odiaba con todas mis fuerzas. Tras prepararme otro café, en la máquina de la cocina de la oficina, me sentaba, leía los periódicos digitales en lengua española, y cuando escuchaba la madera crujir, agarraba el teléfono por miedo a que fueran pasos que venían hacia mí. Así pasaba las horas. Así pasaba mi juventud, con una voz de máquina contestadora y soportando las furias de medio estado francés.

Porque mi idioma nunca ha sido bueno. Lo supe desde siempre, pero se hizo oficial la primera vez que Francisca y yo hicimos el amor. O quizá sea una palabra demasiado fuerte. Nos acostamos. Fue a la salida de clase. La invité a pasear un poco por Luxemburgo y caminamos hacia el Sena, atravesándolo, sin fijarnos mucho en las calles que teníamos delante. Ella me hablaba sobre la necesidad del ser humano por oprimirse y buscarse siempre unas cadenas a las que atarse. Yo le decía que había leído

algo de eso en las primeras novelas de Vargas Llosa, pero que apenas me acordaba. Llegamos a una paralela de mi calle y la invité a subir. Ella no opuso mucha resistencia, así que una vez dentro, le serví una cerveza, puse un poco a los Strokes, y al quinto sorbo la estaba desnudando. La primera vez lo hicimos en el sofá que había en mi apartamento. Nunca lo había hecho en un sofá, así que desestimé la idea de quitarlo de mi cuarto, porque lo cierto era que ocupaba mucho espacio. Cuando terminamos de follar, ella empezó a hablarme de su novio, como si yo no estuviera en la habitación. Me dijo que era dulce y muy inteligente. Había nacido en Hungría, pero se vino a París para hacer sus estudios. Yo me imaginé de inmediato un hombre alto, mayúsculo, terroríficamente grande, con el pelo rapado y lleno de tatuajes. Mientras ella hablaba, desnudos aún, le tocaba el pelo. Antes de vestirnos, lo hicimos otra vez. Agarró su mochila, y casi sin mirarme se marchó. Intenté retenerla con unas palabras en francés, pero ni siquiera las entendió.

Pasaron varios días hasta que la volví a ver. Mientras tanto, la oscuridad iba acechando a las vidas de los parisinos. El otoño estaba más que instalado y el humor de los transeúntes

se había vuelto pesado. Fue cuando comencé a escribir mi gran obra inacabada, llamada en un principio *Poemas con humo*, pero que sufrió diversas modificaciones a lo largo de su vida. Y digo vida porque tenían vida. Murieron, como demostró un día un incendio en el seno de mi ordenador, eliminando toda la información y todos los archivos que albergaba. El libro era un poemario compuesto por cincuenta poemas. Todos ellos hablaban sobre cómo el humo destroza a la ciudad y a sus habitantes. Nunca mandé ninguno de esos poemas a un concurso literario. Hacía ya bastante tiempo que había perdido la esperanza en la literatura producida por un ser tan poco dado al trabajo como yo.

A las pocas semanas volví a las clases. Vi a Francisca a lo lejos, y temía el encuentro como quien lleva una olla hirviendo de aceite. Pero no fue nada difícil. Ella me sonreía como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. Y todo fue normal. Tras las clases nos fuimos a tomar un café, mantuvimos nuestro debate diario sobre la política caribeña, y nos despedimos en una boca de metro. Pero un día, al poco, llegó una nueva alumna, y se puede decir que ella nos eligió a nosotros.

Era de las chicas más morenas que he visto en mi vida. Parecía india, llegada directamente de la selva. Sin embargo, era muy alta y tenía unos pechos prominentes. La cara estirada, y unos ojos grandes y verdes. Se llamaba Patricia, y nos contó nada más saludarnos que era hija de un guerrillero indio de Sendero Luminoso y de una abogada limeña, perteneciente a una familia de estimados funcionarios.

Congeniamos a la perfección los tres. Llegó a tanto nuestra amistad, que prescindimos de las clases y nos la pasábamos caminando por la ciudad, cuando el tiempo no castigaba demasiado, o en casa de alguno, cuando la limpieza y la decoración lo permitían. Patricia vivía en un apartamento compartido, con una chica italiana, de Roma, cuya principal distracción era hablar por teléfono con su madre y comprar discos de vinilo que luego no iba a poder escuchar, porque no tenía un tocadiscos.

Pero un día Patricia no vino a clase. Fue cuando nos dimos cuenta Francisca y yo que aquella chica se había hecho nuestra amiga. La soledad y la supervivencia es quien selecciona las amistades en las grandes ciudades. Así que cuando acabó la clase de políticas, Francisca y yo dimos nuestra vuelta habitual, pero la con-

versación sobre Allende nos dio tanta euforia, que acabamos de nuevo en una perpendicular a mi casa. La invité a subir. Ella me miró como se miran los pecadores arrepentidos. Asintió con la cabeza y sacó una barra de labios para ponerse coqueta. Hicimos el amor tres veces en una hora y media. Después se fumó un cigarro y se roció de su colonia por el cuerpo. Me dijo que la próxima vez no la besara tan fuerte, que le había dejado marcas en el cuerpo. Cuando cerró la puerta, yo me quedé un rato, desnudo, definiendo el estilo de *Poemas con humo*.

En el trabajo me dieron una semana de vacaciones. Lo primero que hice fue llamar a mi hermano. Este reservó unos billetes y me fue a esperar al aeropuerto. Volvía a España después de un exilio voluntario. Durante esa semana comí todo lo que me había faltado durante cuatro meses. Visité a amigos que hacía años que no veía. Les expliqué a mis padres en qué consistía mi Máster, y les detallé clase por clase, los temarios impartidos. Sobre el trabajo apenas les hablé. Ellos creían que yo trabajaba como profesor de español para extranjeros, así que no quise desilusionarlos.

Una noche, estando yo todavía en España, me llamó Patricia. Su voz, al otro lado del aparato,

al otro lado de los Pirineos, sonaba tierna y algo triste. Me dijo que se había acostumbrado a verme y que me echaba un poco de menos. Recalcó que solamente un poco, pero que aún así, tenía ganas de verme. Le di los datos de mi vuelo, y fue a esperarme al aeropuerto de Orly. Vino en su coche, un viejo Renault negro, y me llevó directamente hasta su casa. Me tenía preparada una cena. Nada romántico. Solamente un poco de pescado, un tipo de plato peruano que no adiviné a saber lo que era, incluso pasados los años. Algo parecido al Ceviche. Cuando acabó la cena su compañera italiana se encerró en su cuarto y Patricia sacó un álbum de fotos. Me explicó una por una todas las imágenes contenidas en ese álbum. Desde fotos en los acantilados de Miraflores, junto a un señor muy alto, indio (tal vez era su padre), la orla del colegio, su primer novio, la motocicleta roja con la que bajaba a la playa con sus amigas, hasta el perro que murió cuando ella tenía siete años. Mango, me dijo que se llamaba. Pero de repente cerró el libro y me pidió, con la misma voz que escuché en el otro lado del teléfono y de los Pirineos, que me quedara a dormir esa noche con ella.

Cuando volvía a casa, a la mañana siguiente, recordé la situación. Hicimos el amor una vez

antes de dormir y cuando nos despertamos. Ella durmió agarrada a mi pecho durante toda la noche. Yo apenas pude dormir. Al llegar a mi cuarto, decidí comprar un poco de mota a los bandidos de la calle. Era la primera vez que fumaba en meses. Me duché y dormí durante varios días, a no ser que el sol y la luna hubieran jugado a esconderse mutuamente durante unas horas.

En el mes de enero tuve más trabajo que nunca. Me incrementaron algunas horas en la oficina, algo que en un principio agradecí, porque así los ingresos aumentaban y podía permitirme irme a cenar con más frecuencia a restaurantes. Pero la realidad era bien distinta. Apenas salía de la oficina, una nube tóxica caía sobre la ciudad e impedía cualquier tipo de divertimento posible. Aquel invierno fue de los más fríos que se recuerdan. Y el mal tiempo trajo un humor de perros. Llegaba cansado a casa y apenas tenía fuerzas para leer mis libros de cabecera. Debía prepararme para los exámenes del Máster, que empezaban en una semana, y tenía que impartir dos seminarios sobre las huellas de la literatura tradicional árabe en Borges. Así que durante tres semanas no hacía otro camino que del trabajo a mi

casa, donde me esperaban duros artículos que empezaban a no gustarme. Aquellas noches me planteaba un poco toda mi existencia. Pensaba de vez en cuando en Francisca. Echaba de menos que visitara mi apartamento, donde a mi parecer, nos habíamos entendido tan bien. Pero quizá era mejor dejar pasar un tiempo. Llegué incluso a plantearme la idea de volver a España. Intentaría encontrar un empleo en cualquier supermercado cerca de Madrid y a vivir de los fines de semana. Pero el mero hecho de escuchar la radio y recibir las noticias de las cifras del paro me despertaban y me hacían leer a Borges con hambre. También me venía a la cabeza la imagen de Patricia, pero con mucha menos asiduidad. Me llamaba a menudo. Descolgaba el teléfono y sentía su vocecita, medio de culpa medio de súplica, y me insistía en ir a cenar a un restaurante o simplemente ir a dar un paseo. Desde aquella noche en que me recogió del aeropuerto, apenas quedamos tres veces, y yo en alguna ocasión cedía al deseo de mi cuerpo, que se mostraba distante del de mis pensamientos. Tenía que estudiar, me decía, pero cuando pasaba un rato delante del ordenador, sin escribir una línea, y con un taco de poemas infames por el suelo, marcaba

el número de teléfono y me acercaba hasta su departamento.

Y la época de exámenes pasó. Fue lento. Fue doloroso. Pero pasó. Y coincidió con una gran fiesta a la que fui invitado. El cumpleaños de Patricia, celebrado en el piso de unos amigos que se habían marchado durante unas semanas a Estados Unidos. La casa era bastante grande: un salón que podía ser perfectamente todo mi departamento (que tampoco es un ejemplo de grandeza), y un balcón con vistas a una parte indeterminada de la ciudad, que iluminaba nuestras caras alcohólicas conforme se iba acoplando la noche. Francisca vino con su novio. Nunca lo había visto, ni siquiera en fotos. Cuando apareció ella por el marco de la puerta, abrazada de aquel hombre, no pude más que soltar todo el aire que llevaba reteniendo durante meses. Aquella imagen del gigante con tatuajes y con el cabello rapado no existía. En cambio, me encontré con un tipo simpático, extremadamente bajo, rubio, pero de un rubio enfermizo, con la piel pálida como la leche desnatada, y unos ojos pequeños recubiertos de unas gafas con cristal de culo de vaso. Se acercaron hasta mí, que estaba sosteniendo un vaso de ginebra, apoyado en el

quicio de la ventana, y Francisca, en un tono solemne, me lo presentó. En esos momentos quise decirle, hola, qué tal, yo soy el que se folla de vez en cuando a tu novia, pero entre tú y yo, seamos amigos, que estamos de fiesta. Pero en lugar de eso solamente pude sonreír y estrecharle la mano con cariño. Me sentí el ser más despreciable del mundo, cuando noté que aquel hombre menudo no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo entre Francisca y yo.

Al poco llegó la anfitriona, un vestido negro que dejaba entrever un escote con forma de acantilado. Aquellos eran, sin duda, unos pechos hermosos. Patricia tenía uno de los cuerpos más bellos que he visto en mi vida. A veces se quedaba desnuda, de pie, buscando algún objeto entre la oscuridad de la noche, después de hacer el amor, cuando ella creía que yo dormía, y la veía como si fuera una tela de humo que se mueve al ritmo de mi respiración. Esa sensación duraba unos segundos, pero era apacible.

Patricia se acercó a nosotros. Yo charlaba con el novio de Francisca, que intentaba convencerme de que tocar el saxo era una experiencia similar al sexo, y yo me callaba y daba largos tragos a mi vaso de ginebra. Cuando estuvo

delante de mí, Patricia me acarició con suavidad la espalda y me dio un beso lento en la mejilla. Yo me quedé paralizado y Francisca entendió que algo extraño estaba pasando entre nosotros. La conversación siguió durante horas. Cada vez había más gente. Llegaron chicas de nuestro Máster, personas con las que yo nunca había hablado y por las que no tenía ni el más mínimo interés. También entró en el salón, a eso de la una de la madrugada, un tipo soberbio que se sentó en una silla, sin hablar con nadie, y que miraba con descaro a dos chicas que bailaban en el centro de la pista. París se veía bonita. Pero seguía fría. Demasiado fría para un cuerpo sureño de exiliado voluntario español.

Al poco vi a Francisca salir a la calle. Se fue sin dejar rastro, como una hormiga que va haciendo su camino sin molestar a nadie. Yo observé que había desaparecido, y su novio estaba demasiado ocupado con los diferentes tipos de sinfonías alemanas como para ir en su busca. Me cercioré de que Patricia estaba lejos y salí del piso corriendo. En el pasillo, justo en la escalera, Francisca se fumaba un cigarrillo. Aquí no se puede fumar, le dije susurrando, con las luces apagadas, iluminados solo por los rastros de los automóviles cuando pasaban

por la calle. Fumo porque está prohibido, y lo prohibido atrae siempre, me contestó, y dio una chupada larga, que por poco la deja sin aire. Me senté a su lado. Ella intentaba mostrarse fría y distante, pero no podía por más que lo intentara. No sabía que tu novio era músico, le dije con ironía, y ella agachó la cabeza y me dijo, no sabía que tu eres un hijo de puta que vas cogiendo con todas las del Máster. En ese momento vi sus ojos. Ardían. Estaba celosa, y eso me ponía en una situación privilegiada con respecto a la relación. Pensé que no sabía en qué punto habíamos pasado del café taciturno a los polvos echados con hambre y desenfreno.

Nos dimos la mano y bajamos unos cuantos pisos. Llamamos al ascensor y atrancamos la puerta. Ella me tiró contra un escalón, recubierto de moqueta barata, y empezó a desatar-me los botones del pantalón. Me acarició con ternura, como si nunca antes la hubiera visto salir de los calzoncillos. Se la metió en la boca y a los pocos minutos yo ya me había corrido. Escupió varias veces en el suelo y se sacó un cigarrillo. Me obligó a marcharme a la fiesta y no me habló más en toda la noche. Al final, nos quedamos Patricia y yo recogiendo los vasos pegados en la madera y limpiando un

poco el suelo. Follamos sin descanso hasta que se hizo de día, sobre el mismo suelo sucio que no habíamos terminado de limpiar.

A partir de ese día, casi no vi a Francisca. Yo apenas iba a clase, y me pasaba las horas en mi departamento con Patricia, excitados por el mero movimiento de mirarnos, o de una palabra más alta que otra. Hacíamos el amor a todas horas y luego me preparaba algo para comer. Había días que ni salíamos del piso, solo para comprar alimentos y algo de cerveza. Ella me animaba a continuar con mi poemario, y yo veía que a los *Poemas con humo* cada vez le salían más cigarrillos. Estaba contento con mi trabajo y por una vez, todo empezaba a ir bien.

Sin embargo, dejé de recibir dinero porque me echaron de mi puesto del trabajo. Y la verdad es que me lo merecía. Una mañana, llegué puntual como de costumbre, y cuando me estaba preparando mi café matutino que sabía a ratas, el jefe me llamó con voz de almirante prusiano y me enseñó una factura de llamadas al extranjero, a España, todos los días, que ascendían a un total de casi mil euros. Yo lo miré con ojos desafiantes. Sabía que ya estaba muerto, así que quería morir de pie y con dignidad. Ni siquiera me dejó recoger mis papeles

y despedirme de las compañeras. Nunca más volví a la oficina y a mis padres les dije que las clases de español ahora andaban difíciles, porque era época de exámenes y los niños no podían con todo.

Un día llamaron a mi casa. Patricia contestó con naturalidad. Hacía ya casi dos meses que vivíamos prácticamente juntos. Las palabras de Patricia eran alegres y entusiastas. Decía, sí, ay qué chévere, qué lindo, y tras varios minutos de monosílabos, colgó el teléfono. Yo la miré extrañado. Francisca y su novio nos han invitado unos días a ir con ellos a Budapest, a la casa de él, y sonrió como solía hacer cuando estaba contenta y le daban una sorpresa. Yo no entendía la jugada que quería realizar Francisca. Posiblemente querría normalizar la relación conmigo, ser amigos y poder salir a tomar algo los cuatro. O tal vez escondía algún secreto del que yo iba a enterarme nada más llegar a la ciudad húngara. El caso es que yo acepté de mala gana. Qué podía yo hacer. Estaba acorralado.

Salimos del aeropuerto Patricia y yo, la primera semana de Mayo. En Budapest nos esperaban ellos, con la mentalidad renovada para la primavera, según palabras de Francisca.

Yo hablé casi todo el rato con su novio en un francés primitivo, similar al que tuvieron que hablar los hombres de las cavernas. Una tarde subimos al *Bastión de los pescadores*, desde donde había unas vistas impresionantes al Danubio, con el parlamento de fondo y la Isla Margarita en un extremo. Sentía que el cielo era de metal y que en cualquier momento podía derrumbarse. Nos quedamos los cuatro callados durante una hora, sentados en los pórticos góticos, creyéndonos que Budapest era nuestra y que siempre íbamos a ser jóvenes. Pero yo no podía dejar de pensar en Francisca, y ella, oculta tras sus gafas, mostraba una sonrisa maliciosa de total indiferencia.

La última noche antes de volvernos a París, habíamos bebido demasiado. Estábamos en el piso del novio de Francisca, y él tocaba el saxo para nosotros, durante horas y horas. A Patricia le dolía la cabeza y prefirió acostarse. Yo le di un beso en los labios y le dije que no tardaba. El novio de Francisca empezó a sentirse mal y también nos abandonó. Quedamos, como en las películas de asesinos, Francisca y yo, en un salón enorme, y con pocas palabras que decirnos. Ella sacó un cigarrillo y me indicó con la mirada que saliéramos a la terraza a fumar

juntos. Desde aquella noche en el cumpleaños de Patricia, apenas habíamos hablado. Se os ve felices a los dos, me dijo ella, mientras prendía la llama. Parecía que por alguna ley divina, tenía prohibido mirarme directamente a los ojos. Veía en sus ojos el rencor guardado durante meses. Un rencor que se parecía un poco al odio. Incluso tuve miedo de que pudiera pegarme en cualquier momento, porque su cara alcanzó, con sutileza, un tinte de agresividad.

Pero en ese momento me dijo que me tumbara en el suelo. Casi me obligó con un empujón. Se subió la falda y me quitó los pantalones. Hicimos el amor en silencio, para que nadie dentro de la casa nos pudiera escuchar. Yo estaba nervioso, porque la situación era extrema, pero ella disfrutaba como nunca, se apoyaba en mi oído, y cuando la penetraba me decía, yo te condeno a pensar en mí cada vez que te cojas a Patricia, y hacía un movimiento de caderas que me hacía emitir un grito apagado, como si estuviera a punto de convertirme en agua. Cuando empezó a moverse rápido, a temblar la barandilla metálica, que hacía un sonido indiscreto, me dijo con la voz entrecortada, no te corras dentro, y yo, entre un espasmo que me nacía de la garganta, que me bajaba al estó-

mago, como un río caliente que se derramaba por mis muslos, pude poner la mano antes de llegar al orgasmo. Besé el suelo húmedo de la terraza para no gritar y ella se tapaba la cara con mi espalda. Antes de entrar a dormir cada uno en su cama correspondiente, con su amante correspondiente, follamos dos veces más.

Llegamos con un retraso de dos horas al aeropuerto de Orly. Abracé al novio de Francisca más por pena que por amistad. Cuando me encontré de frente con ella, le di un beso protocolario. Ella nos dijo que al día siguiente, en la madrugada, partían para Chile, definitivamente. Su novio había encontrado un puesto en una orquesta de la capital, y no podían rechazarlo. Además, el frío parisino y los altos precios hacían impracticable la vida. Se alejaron por la cinta transportadora hasta una sección de espera. Fue la última vez que vi a Francisca.

Esa noche no quise hacer el amor con Patricia. Al día siguiente tampoco. Me encontraba extremadamente cansado y sin ánimos de empezar una guerra física donde la resistencia estaba en juego.

Pasaron varios meses. Yo encontré un trabajo como profesor de español, en una verdadera academia. La mentira tomaba por fin forma.

Patricia y yo nos mudamos a un departamento más grande en Nation, y ella consiguió terminar su maestría mucho antes que yo, que iba a clase cabizbajo y sin ganas de escuchar a profesores neuróticos. A veces, cuando hacíamos el amor, no podía dejar de ver el rostro de Francisca en el rostro de Patricia. Entonces me abrazaba a ella, como con miedo, como si fuera un animal herido y me estuvieran persiguiendo para devorarme. Escuchaba en mi cabeza la voz clara de Francisca, que salía de no sé qué lugar y me decía, yo te condeno, yo te condeno, igualita a aquella noche bajo el cielo de Budapest. Al cabo de dos meses se me pasó.

Un día recibimos una carta sellada en Chile, con un nombre desconocido. Cuando Patricia la leyó, en voz baja, por poco se cae al suelo. La carta era dolida y sencilla. Nos había escrito su madre, diciendo que Francisca había muerto hacía casi un año, y nos adjuntaba un recorte de periódico. Tras una fiesta celebrada en casa de su novio, cuando ya todos se habían ido, se quedaron tres personas a recoger. Francisca, su novio, y un amigo de ambos. Se fueron a dormir los tres. Poco antes de que amaneciera, el novio de Francisca despertó a su amigo y le pidió que llamara a la policía, que no sabía muy

bien lo que había pasado, pero que había hecho algo gordo. Esa noche celebraban su colocación en un puesto fijo en la Orquesta Nacional de Santiago de Chile. Francisca murió de treinta y siete puñaladas. En la declaración, su novio alegó que la amaba con locura, y que todo fue efecto de las drogas. Desconozco cuando salió de la prisión.

Ese día, cuando recibí la noticia, escribí la última de mis composiciones de *Poemas con humo*. Se llamaba *37 caladas*. Después reventé el ordenador de una patada.

Relatos
de Bibliotecas
Cuarto Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada
se acabó de imprimir el día 20 de abril de 2015,
festividad de San Teodoro, en los Talleres
de Imprenta Comercial de Motril,
Granada.